

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

DAMA DE HIERRO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

317 — El coleccionista de espantos, *Curtis Garland*.
318 — Macabro deseo, *Curtis Garland*.
319 — La risa del Diablo, *Clark Carrados*.
320 — Mis amigos los muertos, *Ralph Barby*.
321 — Rosas de sangre, *Ada Coretti*.

CLARK CARRADOS

DAMA DE HIERRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 322
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 6.175 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

La curiosidad le hizo detener el coche, apenas alcanzado el punto culminante de la cuesta que casi atravesaba la cumbre de la loma, en lugar de contornearla por la ladera. El camino era angosto, con taludes a ambos lados y gran abundancia de vegetación. Ciertamente, no se podía decir que el panorama, contemplado desde aquel lugar no fuese atractivo.

El pueblo estaba abajo, a menos de quinientos metros de distancia. El viajero se sorprendió al verlo tan pequeño. Había menos de veinte casas y, una cosa que le extrañó, faltaba el agudo pico de una capilla. En una región como aquella, resultaba casi inconcebible.

El viajero había pensado que se dirigía a una población mucho mayor, ya que nunca la había oído nombrar. Ballystrand no figuraba en los manuales ni tampoco aparecía en el mapa de carreteras que había consultado para llegar hasta allí. Realmente, eran dos filas de casas, a ambos lados del camino, y nada más. Los edificios eran de madera pintada de blanco, con tejado de pizarra. Se veían las estructuras de piedra de las chimeneas, algunas de las cuales despedían ligeras humaredas.

La atmósfera, todavía en el invierno, pero adivinándose ya la primavera inminente, era clara, limpia. Lucía un sol radiante, pero debía de ser casi una excepción. Lo normal tenía que ser un cielo encapotado, agua en la mayoría de los días y bastante nieve en el invierno.

El viajero se apeó y avanzó unos pasos por delante del coche. Al otro lado de la aldea, y a una distancia análoga, se entreveía una casa en la cima de una colina, casi oculta por el abundante arbolado que la rodeaba. La construcción era más sólida, de mampostería, con tejado a dos aguas y tres plantas: baja, primer piso y ático. Se pellizcó pensativamente el labio inferior, mientras se preguntaba si no cometía una tontería al hacer aquel viaje.

Pero, se lo habían rogado tanto... Y, por otra parte, se sentía sumamente intrigado. Mes y medio antes, su mejor amigo, Jim Farr, había ido a Ballystrand y no se habían vuelto a tener noticias suyas.

La esposa de Farr había denunciado el caso a la Policía, que había realizado las investigaciones adecuadas al caso. Pero las pesquisas no habían dado el menor resultado. Nadie sabía, nadie había visto, nadie conocía a Jim Farr.

Lo último que se había sabido de él era que había tomado gasolina en la estación de servicio del pueblo que había a siete kilómetros antes, Goorman City. Un empleado recordaba haberle llenado el tanque... pero era la última vez que alguien le había visto. Por supuesto. Farr había tomado el camino de Ballystrand; el empleado de la gasolinera le había visto abandonar la ruta principal y tomar la que nacía a trescientos metros del punto donde había repostado. Pero casi en seguida, las colinas rocosas habían ocultado el vehículo y no se le había vuelto a ver.

El camino terminaba en Ballystrand, estaba claro, salvo el pequeño trozo que conducía a la casa de la colina. Pero era imposible seguir más adelante, a menos que se caminase a pie.

El viajero dio media vuelta para regresar a su automóvil. Entonces fue cuando vio a la mujer y al perro, y le pareció que ambos acababan de surgir de las entrañas de la tierra, como impulsados por un conjuro.

* * *

El perro era enorme, completamente negro y de orejas tan picudas como puñales. Por contraste, las fauces, terribles, ominosas, eran de un intenso color escarlata. Aunque gruñía sordamente, permanecía quieto, sujeto a la traílla por la mujer.

Ella era de buena estatura y formas generosamente redondeadas, pero, al mismo tiempo, esbelta y de agradable figura. Tenía el pelo dorado, largo, y vestía chaquetón, pullover, pantalones y botas de media caña.

—Señora... —dijo el viajero.

—Sin duda, se dirige usted a Ballystrand.

—Sí, señora. Me había apeado para contemplar el paisaje... Perdón, creo que debo presentarme: Bradford Lane, de Boston.

—Soy Brunilde Schwarzberg —contestó ella—. Resido en la casa del otro lado del valle. Pero temo que no podrá seguir adelante, señor Lane; la carretera termina en Ballystrand.

—Es que, precisamente, me dirijo a Ballystrand, señora.

—Ah —dijo la joven—. Bien, no sé cómo se arreglará; en la aldea no hay posada o» nada que se le parezca... ¿Tiene conocidos allí?

—No, señora. —A Lane le pareció que ella le estaba sometiendo a interrogatorio—. Verá, es que...

—Si es así, le ruego no se quede en Ballystrand después de la puesta de sol —le interrumpió Brunilde. Hizo una ligera inclinación de cabeza y tiró del perro—. Vamos, «Black Ghost».

Lane alargó una mano en dirección a la joven, pero, cuando se quiso dar cuenta, ella y el enorme can habían desaparecido en la espesura. Lane se quedó con la boca abierta.

¿Por qué tenía que abandonar Ballystrand antes de la puesta de sol? ¿Acaso ella era la dueña del pueblo y sus habitantes la obedecían como vasallos de los tiempos feudales?

Y el perro... Se estremeció al recordar los formidables caninos, como agujas de marfil durísimo, que podían quebrar y destrozar un cuello humano con una sola dentellada. El nombre, «Black Ghost», era ciertamente apropiado. Si, parecía un fantasma negro.

Meneó la cabeza y consultó el reloj. Aún no había dado la una de la tarde. Si tenía que obedecer el mandato de Brunilde Schwarzberg, le quedaba de tiempo hasta las cinco y media, aproximadamente.

Volvió al coche y se dejó deslizar por la pendiente, hasta hallarse en las inmediaciones de las primeras casas.

* * *

Una hora más tarde, se detuvo en el otro extremo de la población, perplejo y desconcertado. Guardó la fotografía de su amigo.

Nadie le había visto. A lo que parecía, Jim Farr no había llegado nunca a Ballystrand. Aquello era imposible. Jim era un tipo inconfundible; aunque no era muy alto, tenía unos hombros anchísimos y un rostro de luchador profesional, si bien no tenía nada que ver con aquel deporte ni mucho menos era su profesión. Jim era agrimensor y muy competente. Pero, además, tenía un carácter tremendamente abierto, jovial, dispuesto a entablar amistad con cualquiera y en cualquier momento, con un humor excelente y una simpatía arrolladora, que hacía olvidar la fealdad de su cara a los pocos momentos de haber iniciado una conversación con él. Por eso, Laura, su esposa, estaba tan enamorada como el primer día en que se conocieron.

No, Jim Farr no era un sujeto de gris apariencia, un ser anónimo como se ven a miles en las grandes ciudades, todos vestidos idénticamente, entrando a trabajar a las nueve de la mañana y saliendo a las cinco de la tarde, con aspecto de hormigas más que de seres humanos. Jim era muy distinto a todos, y el que le veía una sola vez, el que cambiaba unas cuantas palabras con él, ya fuese hombre o mujer, no le olvidaba jamás.

Y allí, en aquella pequeña población, que escasamente tendría cien habitantes —«y puede que exagere», pensó—, nadie había visto a su amigo.

De pronto, oyó una risita a sus espaldas y se volvió.

—Se siente desconcertado —dijo la mujer.

Lane la contempló durante unos segundos. Era pelirroja, de senos exuberantes, y vestía una blusa muy ceñida, con amplio escote redondo, de color rojo fuego, y falda multicolor. Los zapatos eran de tacón alto, más propios para asistir a una fiesta que para pasearse por aquella diminuta aldea.

—¿Cómo lo sabe, señora? —preguntó.

—Le he estado observando» mientras iba de puerta en puerta. Si ha venido a vender alguna cosa, pierde el tiempo; nadie le comprará siquiera una caja de fósforos.

—No soy vendedor, señora...

—Wood, Martha Wood. Pero puede llamarme Martha a secas, para escándalo y horror de los vecinos de este asqueroso poblacho. Entre u tomará una copa, forastero.

Intrigado, Lane siguió a la mujer. Su asombro fue enorme al ver que en la sala había un pequeño mostrador. Hila pasó al otro lado y llenó dos vasos.

—Voy a brindar por el primer cliente que entra en mi casa, en seis meses —dijo—. Por supuesto, forastero, invita la casa.

El viajero sonrió también.

—Me llamo Bradford Lane, pero todos me llaman Brad, Martha.

Ella le dio un vaso y levantó el suyo.

—Salud, cliente —rió—.

Los senos se movieron con las risas. Lane calculó la edad de Martha: treinta y dos años, con muchísima experiencia.

Después de tomar un trago, dijo:

—Por lo visto, me quedaba una casa sin preguntar por un amigo. Se llama Jim Farr, Martha.

Dejó la fotografía encima del mostrador y ella la examinó con gran atención.

—No lo he visto en los días de mi vida —contestó—. ¿Qué le pasa a su amigo?

—Vino aquí hace seis semanas y no ha vuelto a su casa.

—Lo siento, Brad. Me gustaría poder ayudarle, pero, de verdad, no he visto nunca a... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Jim Farr, Martha.

Ella le devolvió la fotografía.

—¿Dijo que venía aquí?

—Sí. Se lo dijo a su esposa...

—Tal vez la engañó.

—Estaban muy enamorados. Farr era incapaz de mentir a su mujer, ni siquiera por la cosa más nimia. Si dijo que venía a Ballystrand, es que hizo el viaje, se lo garantizo.

Martha se encogió de hombros.

—Puede que no llegase... Pudo sufrir un accidente. Imagínese que se quema el coche y que su cuerpo resulta inidentificable...

—Hemos tenido en cuenta esa posibilidad. Jim tomó gasolina a la salida de Goorman City. Se le vio enfilar el coche por el camino que conduce a Ballystrand. Aunque el coche hubiera ardido por completo, su esqueleto habría resultado inconfundible. Además, en un automóvil quemado, siempre quedan elementos que permiten identificar a su dueño, las placas de la matrícula en relieve, el número del motor...

—Sí. Lo sé.

—Bien, sólo me queda un sitio por preguntar: la casa de la colina.

—Ah, —murmuró Martha pensativamente.

—Me he encontrado con la dueña. Estaba dando un paseo con el perro.

—Es guapa, ¿verdad?

—Sí, mucho. Pero me dijo algo que me está intrigando desde entonces. ¿Por qué debo marcharme de Ballystrand antes de la puesta de sol?

—Muy sencillo: Brunilde Schwarzberg es la dueña, no sólo del pueblo, sino de todas las tierras que lo circundan, en una extensión de casi cuatro kilómetros, contando su casa como centro.

Lane se quedó boquiabierto.

—Es... parece increíble...

Martha sonrió. Acodada en el mostrador, hacia una deliberada exhibición de sus atractivos corporales.

—¿Verdad que sí?

—Asombroso —comentó Lane—. Bien, de todos modos, iré a verla... aunque, tal como están las cosas, espero ya de antemano una respuesta negativa.

—Sí, seguro. Ah, por favor, aguarde unos minutos.

Martha entró en el interior de la casa. Lane encendió un cigarrillo y esperó pacientemente. Ella volvió a salir poco después, con un papel en la mano, que puso delante del viajero.

En silencio, atónito, Lane leyó:

> «Esta noche hay luna llena. Venga después de las diez, por el sendero que empieza a pocos metros de la colina que hay inmediatamente antes de llegar a la ciudad. Nadie le verá, se lo aseguro. No llame; yo estaré aguardándole.»

Lane cambió una mirada con la mujer y asintió silenciosamente. Martha sacó un fósforo y quemó el mensaje.

—¿Otro trago, forastero? —sugirió.

—No, gradas; con uno tengo bastante. Gracias por su amable invitación, Marsha.

—Ha sido un placer, Bradford.

Lane salió a la calle. Estaba desierta.

No se veía a nadie 'fuera de sus casas. No había siquiera chiquillos jugando, ni perros que merodeasen por las inmediaciones. A no ser por el humo que salía de algunas chimeneas, hubiérase dicho que Ballystrand era una ciudad muerta.

Luego volvió la vista hacia la colina, en donde la casa apenas si se veía, oculta por la frondosa arboleda que la rodeaba. Tras unos segundos de indecisión, echó a andar en busca de su coche.

CAPITULO II

Martha había tenido razón. La luna le hizo más fácil el viaje a través del bosque. Tuvo que dar un rodeo de más de un kilómetro, pero era joven y estaba habituado al ejercicio físico.

El coche había quedado escondido, fuera del camino. No lo encontrarían fácilmente, calculó.

Llegó a casa de Martha casi desde el extremo opuesto. Cuando se acercaba, vio que se abría la puerta posterior. Una blanca mano se movió, llamando su atención. Lane giró a su izquierda y se acercó. La misma mano agarró una de las suyas y tiró de él hacía dentro. Al cerrarse la puerta, sobrevino una total oscuridad.

Entonces, para asombro suyo, sintió que una boca buscaba vorazmente la suya. Por un momento, se sintió perplejo. ¿Sólo para «eso» le había citado Martha? Los hermosos senos de la mujer presionaron contra su pecho. Ella se apretó fuertemente, de modo que los dos cuerpos quedaron estrechamente pegados. La boca de Martha actuaba excitantemente. Lane pensó que era relativamente pronto. Habría tiempo para hablar.

—¿Hemos de seguir aquí toda la noche? —preguntó en voz baja.

Ella sonrió en las tinieblas.

—Ven —dijo. Agarró su mano y tiró de él hacia el piso superior. Entonces, al encenderse la luz, Lane pudo orientarse mejor.

Martha cerró la puerta del espacioso dormitorio con doble vuelta de llave. Lane observó que vestía un simple camisón y un peinador, muy transparentes las dos prendas. La rojiza cabellera estaba completamente suelta. Los labios, húmedos, entreabiertos, eran una invitación que no se podía resistir.

Avanzó hacia ella y le quitó el peinador. Martha suspiró largamente.

—Todavía llevo demasiada ropa puesta —murmuró.

—Yo también —sonrió Lane.

La luz se apagó segundos después. Durante largo rato, no se oyeron en la estancia sino jadeos, murmullos, suspiros, quejas, gemidos de placer... Al cabo de mucho tiempo, sobrevino una pausa de silencio.

Martha encendió la luz y se levantó. Impúdicamente desnuda, pero, al mismo tiempo, actuando con entera naturalidad, llenó dos copas y volvió a la cama, sentándose en el borde. Sus ojos eran aún dos brasas ardientes.

—No me engañé contigo —dijo.

—Gracias. Tú también... Pero, dime, ¿me has hecho venir únicamente para combatir tu soledad?

—No. No quería que oyeran lo que tenía que decirte.

—¿Cómo?

—Brunilde se entera en el acto de todo lo que se dice y se habla en cada una de las casas de Ballystrand —contestó Martha sorprendentemente—. Es más, desde la colina, puede vigilar a los vecinos, por medio de un potente

catalejo. Seguro que te vio .entrar en mi casa. Lo que te dije entonces, como puedes imaginarte, no tenía nada de particular.

—Entonces, por eso escribiste la nota...

Martha se echó a reír.

—No creo que sus micrófonos sean tan sensibles como para captar el rasgueo de una pluma —contestó alegremente—. Y, por fortuna, no tiene instalados circuitos de televisión.

—Pero ¿por qué diablos tiene que vigilar a los habitantes de la aldea? —exclamó el joven.

—A mí también me gustaría saberlo —murmuró ella—. En el fondo, pienso que es cosa del viejo Hirtsch. ¿Lo has visto?

—Sí. Estuve en su casa y ella misma me lo presentó. Me parece un anciano excéntrico y un tanto chiflado...

—Le calificas con benevolencia. Es un demonio.

—Bueno, pero ¿se puede saber qué pasa aquí?

—No lo sé con certeza, Brad. Sólo puedo decirte que de cuando en cuando, viene alguien y desaparece. Nunca se vuelve a saber de él. Tu amigo Jim Farr fue uno de esos desgraciados, de los que no se ha encontrado siquiera un botón de la chaqueta.

* * *

Durante unos segundos, Lane se sintió terriblemente consternado. Así pues, las sospechas de Laura Farr se habían confirmado. ¿Qué horrible muerte había sufrido Jim?

—Explícate, Martha, por favor —rogó.

—Lo primero que tienes que entender es mi situación en este pueblo —respondió ella—. A mí no me gustaba demasiado, pero pensé que éste podía ser un buen negocio. Me equivoqué rotundamente.

—¿Por qué?

—Ella no quería que hubiese aquí una taberna. Nos vimos una sola vez y le dije que no tenía derecho a prohibirme ninguna clase de negocio. Brunilde insistió en que la casa le pertenecía y que podía prohibirme abrir una taberna. Si yo hubiera sido uno de esos acobardados vecinos, me habría aguantado, pero tengo mi genio y le dije que iba a pleitear. Eso pareció asustarle; los periódicos, más o menos, hubiesen dado noticias sobre este pleito, aunque lo hubiese perdido yo, y lo que menos quiere Brunilde es publicidad, ¿entiendes?

—Sí, desde luego. Continúa, por favor.

—Mi hermano había vivido en esta casa, pero murió. Yo herede los escasos bienes que tenia y algunos cientos de dólares, depositados en el único Banco de Goorman City. Vine aquí, trajeron los elementos necesarios... y después de mi primera y única entrevista con Brunilde, no ha entrado un solo cliente en la taberna. A excepción de Jim Farr, que estuvo tomando una copa

y se encaminó luego a la mansión. Así es como llamamos aquí a la casa de Brunilde.

—Diríase que ella ha prohibido a los vecinos hacerte el menor gasto.

—Exactamente. Pero yo también soy terca y resisto. Tarde o temprano, tendrá que ceder.

—Bueno, pero ¿qué hacen los hombres que no se sublevan contra esa prohibición? Parece de los tiempos de Al Capone...

—Son unos gallinas. —Martha rió nerviosamente—. Y las mujeres, ciertamente, no son más animosas. ¿Las has visto cómo se visten? Trajes severos, telas oscuras, rostros perpetuamente serios, sin sonrisas... Y no hay un solo niño en Ballystrand.

Lane dio un respingo.

—¿Por qué?

—Las casas son de Brunilde. El contrato de arriendo especifica que quedará resuelto si el matrimonio ocupante tiene un niño. No alquila casas a una pareja con chiquillos.

—Entonces, ¿qué hace esa gente?

—Trabaja en los hampos, que también son de Brunilde. Les paga un sueldo, descuenta el importe de la renta de la casa...

—Como en los tiempos medievales. Sólo le falta tener poder sobre la vida y la muerte de sus vasallos.

—A veces, pienso que es así —respondió Martha sombríamente—. De otro modo, ¿cómo se explica que haya aparatos de escucha en cada una de ellas?

—Puede haber uno en este dormitorio...

—Si lo hay, lo tengo interferido. Hace un par de meses, fui a Boston, busqué a un viejo conocido, experto en el tema, y le expliqué que sospechaba eran espiadas mis conversaciones. Entonces, me dio un aparato que tengo instalado en el dormitorio, pero no en el bar, para que ella no sospeche.

—Y por ese medio, domina a todos los vecinos.

—Sí, francamente, no comprendo por qué se comportan con tanta docilidad, como borregos. Yo no soy como ellos... pero tampoco vivo mucho mejor. Un día me hartaré y enviaré todo esto al diablo...

Lane se dijo que había errado los cálculos. En Ballystrand no había cien personas, ni mucho menos. El máximo eran cuarenta, suponiendo a dos por casa, ya que había unas veinte casas. Si se tenía en cuenta que Martha vivía sola, la cifra aún resultaba más reducida.

—Pero ¿tiene esto algún objeto? —preguntó.

—No lo sé. Ella es una mujer terriblemente enérgica, aunque sospecho que Hirtsch lo es mes todavía y la domina con su poder, mental, mágico o lo que sea. Lo único que sé decirte es que, de cuando en cuando, se celebran algunas fiestas en la Mansión y acuden todos los habitantes de Ballystrand.

—Ah, celebra fiestas... Algún banquete —sonrió Lane.

—Seguro, aunque yo no he asistido a ninguna. —Martha se echó a reír y

sus pechos palpitaron y bailaron alborotadamente—. No me considera digna de llamarme su invitada —añadió.

—¿Cuándo se celebran las fiestas?

—No hay fecha fija. Que yo sepa, la última fue hará unas cinco semanas, aproximadamente. Lo mandó ella y todos obedecieron. Yo la he apodado la «Dama de Hierro». Puede ser muy hermosa, pero tiene el corazón de metal, Brad. Así se explica que su hermana la abandonase hace algunos años.

—Ah, tiene una hermana...

—Yo no la he conocido, pero, por lo poco que he podido averiguar, abandonó la

Mansión, harta de sentirse continuamente dominada por Brunilde. Imagínate qué clase de mujer debe de ser, que hasta su propia familia la abandona.

—Sí, tiene un carácter de hierro —convino Lane—. Pero ¿cómo lo supiste?

Martha soltó una risita.

—Sólo pude lograrlo en una ocasión y uno de los hombres del pueblo se escapó por la noche para venir a pasar un rato conmigo. Me dijo muchas cosas, prácticamente, todo lo que yo te he contado. Pero ya no ha vuelto más.

—¿Por qué?

—Se marchó de Ballystrand a los dos días.

—Y su esposa, ¿qué dice?

Ella se encogió de hombros.

—Sigue viviendo en la casa, como si nada hubiera pasado —respondió.

—¿Crees que sería interesante que yo hablase con ella?

Martha hizo un gesto ambiguo.

—No sé si conseguirás nada, pero por intentarlo, nada se pierde. El nombre es Abigail Crandall. Cada casa tiene un número. El suyo es el dieciséis. —Miró a Lane y sonrió—. Eres un buen mozo. Quizá consigas soltar la lengua de Abigail.

—Lo intentaré.

Entonces, Martha volvió a sonreír y se inclinó hacia su huésped. Los brazos de Lane asieron los redondos hombros de la pelirroja, atrayéndola de nuevo hacia sí. Martha cayó de nuevo sobre él, murmurando frases ardientes, terriblemente excitantes... De nuevo se apagó la luz.

* * *

El perro dio un par de saltos más y se paró junto al coche escondido entre la maleza. A la luz de la luna, Brunilde y su acompañante examinaron el vehículo con toda atención.

—Sí, es el suyo —dijo Brunilde, pasados unos momentos.

—Entonces, volvió al pueblo... por ese sendero —declaró el hombre.

Brunilde sujetaba a «Black Ghost», que se agitaba nervioso e impaciente.

—Parece seguro, Joachim.

—Entonces, le esperaremos...

—No —contradijo ella vivamente—. Nos interesa saber más adónde ha podido ir.

—Yo me lo imagino sin dificultad, Brunilde.

—También yo. Pero, de todos modos, vamos a confirmarlo.

Joachim Hirtsch se acercó al coche.

—Voy a dejarle sin aire un par de ruedas...

—No —prohibió ella—. Se daría cuenta de que hemos estado aquí. Es mejor que se marche sin sospechar nuestra presencia.

—Está bien. Me pregunto cómo ha sabido que debía volver al pueblo...

—Ella le habrá dicho algo. Tal vez se lo escribió en un papel. Por eso no pudimos escucharlo.

—Sí, muy probable. ¿Seguimos?

Brunilde asintió. «Black Ghost» arrancó por el sendero, olfateando continuamente. Hirtsch sonreía; no se podía luchar contra las facultades de un animal.

Media hora más tarde, «Black Ghost» empezó a gruñir sordamente. Brunilde lo detenía con la traílla. El perro quería dirigirse hacia la casa de Martha Wood, pero cuando ella le dio una orden, «Black Ghost» se tendió en el suelo.

—Ahora ya lo hemos comprobado —dijo.

—Muy bien, Brunilde. Tendríamos que hacer algo, ¿no te parece?

—Dejemos que se marche del pueblo. De todos modos, ella no ha podido contarle mucho. Realmente, no sabe nada.

—Muy bien —repitió Hirtsch.

A un par de cientos de pasos, Hirtsch, inopinadamente, abrazó a la mujer y acarició con manos ansiosas sus bellos senos. Brunilde pareció sorprenderse en el primer instante.

—¿Aquí?

—Cualquier sitio es bueno —contestó él roncamente.

Brunilde hizo un gesto con la mano izquierda.

—Quieto, «Black Ghost» —ordenó.

El animal permaneció inmóvil, mientras los humanos se revolcaban sobre la hierba, poseídos por un incontenible frenesí sensual.

CAPITULO III

La mujer era todavía joven y atractiva. Su rostro, sin embargo, aparecía inexpresivo, limpio de todo maquillaje, sin mostrar el menor signo de hostilidad o amistoso hacia el forastero que había llamado a su puerta.

—Señora Crandall —dijo el forastero.

—Sí...

—Soy Bradford Lane. Querría hablar con su esposo...

—Lo siento, no este.

—¿Puede decirme cuándo volverá?

—No.

—¿Tampoco sabe adónde fue?

—No.

—Es curioso. Pensé que usted sabría algo...

—No, no sé nada.

—Se marchó de casa y no le dijo adiós.

—Exactamente.

—Pero ¿no tiene la menor idea del lugar al que pudo dirigirse?

—No, lo siento mucho.

Lane fijó la vista en el todavía agraciado rostro de la señora Crandall. ¿A qué o a quién temía aquella mujer?

—De veras, me interesaría tantísimo hablar con él...

Por un segundo, Abigail pareció que iba a humanizarse, a confiarse al forastero. Pero casi en el acto, recobró su expresión estólida e indiferente.

—Lo lamento muchísimo, señor Lane. Adiós.

La puerta de la casa se cerró. Lane estuvo inmóvil un momento y luego se encaminó hacia la taberna que no tenía clientes.

Martha estaba apoyada indolentemente en el umbral de la puerta y sonrió al verle acercarse.

—¿No te vieron marchar? —preguntó.

—No lo creo —respondió él—. Todavía era de noche... He dormido unas horas en el parador que hay en la estación de servicio de Goorman City y he vuelto al pueblo.

Lanzó una mirada hacia la casa de la colina.

—Quizá vuelva pronto —añadió.

—Ya sabes el camino —sonrió ella.

—Procuraré aliviar tu soledad, aunque, dime, ¿no hay otro hombre...?

—Me casé a los diecinueve años. El divorcio llegó dos después. No he querido tentar la suerte de nuevo.

—Tal vez te encuentras mejor así.

—Sí, seguro. Vuelve pronto, querido.

—Procura tener noticias para mí, encanto.

—Descuida. Buen viaje.

Lane regresó a su coche y emprendió el camino de vuelta. Aquella misma tarde, estaba en casa de Laura Farr.

—Lamento decirte que las noticias no son buenas —dijo, después de los primeros saludos.

Laura, más hermosa con el dolor que atenazaba su ánimo, hizo un esfuerzo por mantener la serenidad.

—¿Crees que debo dar por perdida toda esperanza?

—Aún no tenemos una prueba definitiva...

—Jim no habría dejado pasar seis semanas sin una carta, un telegrama, una llamada telefónica... No era su costumbre, Brad. Jamás se hubiera comportado de esa forma y tú lo sabes bien.

Lane asintió. Laura decía la verdad. Si había un hombre enamorado de su esposa, era Jim Farr.

—¿Crees que debo insistir en la Policía? —preguntó ella, tras una ligera pausa.

—Creo que no serviría de nada —repuso Lane—. Yo, personalmente, y no sólo por Jim, estoy interesado en lo que sucede en Ballystrand. Deja que investigue; te tendré al corriente de lo que llegue a averiguar. En aquel pueblo, todo el mundo tiene la boca cerrada. Viven en una atmósfera de miedo. No sé qué es lo que sucede exactamente, pero, créeme, lo averiguaré.

—Ojalá lo consigas —dijo Laura, sonriendo tristemente.

—Creo que sí. Aunque nadie despega los labios, hay, sin embargo, una persona que me contó muchas cosas. Yo haré indagaciones mientras tanto en el propio Boston. Es posible que ello me mantenga ocupado un par de semanas, pero al acabar ese plazo, regresaré a Ballystrand. Entonces, esa persona tendrá más informes que facilitarme.

* * *

El teléfono sonó bruscamente, sobresaltando a Martha, que dormitaba en una butaca. Se levantó, cruzó la sala y agarró el aparato.

—Señora Wood —dijo.

—Venga a la Mansión —ordenó alguien.

Martha hizo una mueca.

—¿Por qué he de obedecerla, señora? —Haga lo que le digo. ¿O prefiere que le envíe a «Black Ghost»?

Hubo un instante de silencio. Martha sabia que el perro estaba tan perfectamente amaestrado, que ella podía enviarlo al otro lado del país, con la orden de matar a una persona, segura de que el can lo haría y regresaría luego irremisiblemente. Pero casi peor que la amenaza del can era saber que en Ballystrand nadie alzaría una sola mano para ayudarla.

—Está bien —dijo—. Iré en seguida.

Martha colgó el teléfono. Tras unos segundos de indecisión, fue a la cocina y examinó la caja de los cubiertos. De pronto, recordó algo que tenía en el

dormitorio y corrió a buscarlo.

Antes de salir de casa, se puso medias, con una faja portaligas. La navaja automática quedó oculta en el refuerzo de una de las medias. La falda era de vuelo muy amplio. Podría sacar el arma rápidamente, en el momento en que se viese amenazada.

Y, si tenía que matar para salvar su vida, lo haría sin vacilar.

* * *

El hombre era ya viejo y aparecía escéptico y cansado de todo. A Lane le había costado casi dos semanas dar con él. Tobiah Miles había vivido en Ballystrand cincuenta años antes. Su memoria, sin embargo, era buena.

Lane enseñó unos cuantos billetes de veinte dólares. A un hombre de más de setenta años, acogido a la beneficencia pública en un asilo, le iría muy bien aquel dinero para sus pequeños gastos.

—De modo que se interesa por la Mansión —dijo Miles, después de que el joven hubiera explicado los motivos de su visita.

—Así es, señor Miles. ¿Qué puede usted contarme de ese pueblo?

—Ahora, poca cosa. Hubo un tiempo en que había más prosperidad. Pero cuando llegaron los Schwarzberg, se acabó la paz y la tranquilidad.

—Antes no vivían allí...

—No, llegaron recién acabada la Primera Guerra Mundial. El era un conde alemán y había logrado salvar una enorme fortuna de aquel desastre. Se la trajo toda al país, y según se rumoreaba, la entró ilegalmente, aunque no sin tapar algunas bocas. Pero, en tocio caso, ese dinero le sirvió para comprar todo el pueblo y las tierras del contorno.

—¿Pudo hacerlo?

—Claro. Fue comprando casa por casa y terreno por terreno. El camino que lleva hasta allí es comunal y lo adquirió también al municipio. Pero eso ocurrió, ya digo, hace más de cincuenta años.

—¿Qué sucedió después?

—El conde llegó con su esposa y el hijo, que no había ido a la guerra, por demasiado joven. El hijo se casó al llegar a una edad relativamente avanzada y tuvo dos hijas. Para entonces, el conde y su mujer habían fallecido.

—De modo que el hijo del conde se casó...

—Murió hace diez años, en un accidente de automóvil, junto con su esposa. La hija mayor heredó todo, antes de cumplir veinte años.

—¿Brunilde?

—Sí.

—¿Y la otra?

—No lo sé. Se llama, si vive, Karoline.

—Señor Miles, dígame, ¿puede existir... quiero decir, si es lógico suponer que en la Mansión quede todavía, si no todo, porque han pasado muchos años, parte del tesoro que se trajo de Alemania el conde Schwarzberg?

—Yo diría que sí, pero ¿dónde está? —contestó Miles, enseñando al sonreír unas encías sin dientes apenas.

—Gracias. En su opinión, señor Miles, ¿por qué se marchó Karoline de su casa?

—La hija mayor, Brunilde, había heredado el genio de su padre. Es dominante, no tolera que la contradigan en absoluto... Karoline era una muchacha sensible, aunque también enérgica, y no pudo soportar la vida bajo una mano de hierro. Otra, menos resuelta, se habría quedado en la Mansión, pero ella prefirió marcharse.

—Ya. Óigame, ¿por qué los vecinos de Ballystrand no quieren soltar prende acerca de lo que pasa en el pueblo?

—Tendrá que preguntárselo a ellos —respondió Miles—. ¡Hace tanto tiempo que falto de allí! Todo lo que sé, me lo contó un viejo amigo que fue hace cuatro o cinco años a pasar unos días con sus nietos. Pero no pudo enterarse más que generalidades sin importancia..., en fin, lo que usted ya sabe.

Lane sonrió.

—Señor Miles, no sabe cuánto le agradezco sus informes —dijo.

—En aquel pueblo, pasan cosas horribles —gruñó el anciano—. Trate corregirlo.

—Lo intentaré.

Lane abandonó la residencia. ¿Dónde podría encontrar a Karoline Schwarzberg?

Empezó a preguntarse por la conveniencia de volver a Ballystrand. Aparte de las noticias que podría darle Martha

Wood, debía tener en cuenta los agradables momentos que podía pasar de nuevo con la ardiente pelirroja.

Si, era una aventura que merecía la pena repetir, se dijo.

* * *

La puerta se abrió. Martha Wood contempló con ojos turbios al hombre que estaba en el umbral.

—¿Cuándo me sueltan? —preguntó.

Hirtsch sonrió perversamente. Martha estaba en una habitación, amueblada someramente con una cama, una silla y una mesa. Al lado había un pequeño cuarto de baño. Las ventanas estaban aseguradas por sólidos barrotes de acero templado, además de cristales blindados. Un sistema de aireación renovaba la atmósfera del calabozo, de modo que Martha no podía pedir auxilio a gritos.

Hirtsch traía en las manos un objeto plano, que dejó sobre la mesa. Era un espejo que media casi un metro de superficie. Luego hizo un gesto con la mano.

—Mírate —dijo.

Martha se puso torpemente en pie. La navaja automática no le había

servido de nada. Le dieron a beber un vino drogado y se había dormido, despertándose en aquella habitación, de la que no había vuelto a salir. Lo extraño era que, a partir de aquel momento, había sentido siempre un apetito fenomenal.

Comía como nunca lo había hecho en su vida, devorando literalmente las abundantes bandejas cargadas de comida que le servían tres veces al día. Martha no comprendía en absoluto por qué la trataban tan bien. En ningún momento le habían dado explicaciones acerca de la conducta que observaban con ella.

Después de dejar el espejo, Hirtsch entró una bandeja con comida. Había un vaso de leche y se lo ofreció a la joven. Martha lo vació de un solo trago, ávida, vorazmente.

Se acercó al espejo. Un grito de horror surgió de sus labios, en el acto.

—No, no puede ser...

Hirtsch soltó una diabólica carcajada.

—Eres tú, tú misma —dijo—. Sólo que en este tiempo, has engordado por lo menos quince kilos.

—Pero ¿por qué? —Martha sentía que la cabeza le daba vueltas. Sabía que había engordado, lo notaba en las ropas; sin embargo, no se había dado cuenta de su aspecto, hasta mirarse en el espejo. La cara completamente redonda, monstruosa; los pechos eran repugnantemente voluminosos; no tenia cintura y el contorno de las caderas había aumentado de doce a quince centímetros

—¿Por qué —insistió.

De pronto, sintió que se le entorpecía la mente. Había un narcótico en la leche inserida con tanta avidez.

—Dígame, por favor... —suplicó.

Hirtsch estaba ya en la puerta.

—A los animales se les ceba antes de la matanza —contestó.

En medio del torpor que ya sentía invadir su mente, Martha comprendió la horrible verdad y lanzó un terrible alarido de espanto. Fue a dar un paso hacia aquel diabólico sujeto, pero, de repente, todo empezó a girar a su alrededor y creyó que se hundía en un pozo sin fondo, donde reinaban las tinieblas absolutas. El último sonido que percibió fue una carcajada, que le pareció emitida por Satanás en persona.

Después, todo fue silencio, oscuridad...

* * *

Desde la ventana de su dormitorio, Abigail Crandall vio las puertas que se abrían sin ruido y las siluetas de los hombres y las mujeres que caminaban hacia el centro de la calle, hasta formar una silenciosa procesión, que inmediatamente comenzó la marcha hacia la casa de la colina. Abigail, tras una ligera vacilación, abandonó el dormitorio y salió de la casa, alcanzando la cola de la doble fila.

Cuando la lúgubre comitiva hubo abandonado la población, Abigail empezó a retrasarse. Nadie, por otra parte, volvió la cabeza para mirar hacia atrás. Al cabo de un minuto, Abigail salió fuera del camino y emprendió la marcha en dirección opuesta.

Eran más de siete kilómetros, pero no le importaba andar. Lo que sí importaba era acabar con aquellos terribles sucesos.

* * *

Era todavía muy temprano y Bradford Lane se sintió extraño de que alguien llamase al timbre de la puerta. La llamada se repitió varias veces, hasta que, fastidiado, encendió la luz, ya que era todavía de noche, dejó la cama y, en bata y zapatillas fue a abrir.

El autor de la llamada era un repartidor de la Western Union.

—Telegrama para el señor Bradford Lane —dijo—, ¿Es usted?

—Fastidiadamente, sí —contestó el joven.

Firmó en el libro, buscó en el interior de la casa, regresó con un dólar y se lo entregó al individuo. Luego cerrada la puerta, rasgó el sobre y sacó de su interior el despacho telegráfico.

Era un mensaje muy breve, aunque altamente significativo. En un principio, Lane creyó que era Martha la autora, pero de pronto vio su error.

El mensaje decía:

«Venga inmediatamente. Abigail Crandall.»

CAPITULO IV

Todavía sudorosa, jadeante y muerta de cansancio por la caminata que se había dado, Abigail entró en su casa y lanzó sobre una silla el chaquetón que llevaba puesto, debido a la frescura del ambiente durante la noche. Casi en el mismo instante, sonó el teléfono.

Abigail miró el aparato horrorizada. El instinto le decía que no debía atender la llamada, pero si no lo hacía, sospecharían de ella... Ya debían sospechar, al notar su falta de asistencia a la fiesta.

Lentamente, alzó el teléfono y dijo:

—Soy la señora Crandall.

—Venga en el acto —ordenó alguien.

—¡No, no quiero ir!

—Abigail, he enviado a un mensajero especial para que le acompañe. Esta ya en la puerta. Puede forzarla, si se resiste a abrir.

En aquel momento, se oyeron las uñas de un perro que rascaba en la madera de la puerta. Abigail se sintió aterrorizada.

Podía escapar por la puerta trasera, pero «Black Ghost» la alcanzaría inexorablemente. No podría ser más rápida que el animal, aparte de que ya se sentía muy fatigada por la caminata. Pero, quizá, todo iba a quedar en una reprimenda... Apresuradamente escribió algo en un papel y lo escondió.

Sin embargo, podía suceder algo peor que una simple reprimenda. Fue a la cocina, cogió un cuchillo y lo guardó en el seno. Los golpes del can eran cada vez más fuertes. La puerta empezaba ya a temblar.

Abigail abrió. «Black Ghost» le enseñó los dientes.

—Estoy lista —dijo ella.

Y echó a andar. El perro se emparejó a su lado, aparentemente manso, pero era en realidad un centinela que la vigilaba inexorablemente.

Mientras caminaba Abigail empezó a pensar en la manera de sorprender a «Black Ghost». Si podía derrotar al animal, la huida estaba garantizada. Todo consistía en decidirse, en atacar por sorpresa...

Lentamente, su mano derecha subió hasta el escote y buscó la empuñadura del cuchillo. Cualquiera que les hubiera visto a los dos, mujer y bestia, habría pensado en una escena sumamente pacífica: el ama y el perro que la protegía.

Pero no era tal; el perro era el guardián de la mujer.

De repente, Abigail sacó el cuchillo. Con la mano izquierda, intentó asir el ancho collar de recio cuero, a la vez que descargaba un golpe con la otra mano. «Black Ghost» pareció intuir el peligro y se revolvió, antes de que los dedos de Abigail rozasen su collar.

La cuchillada se perdió en el vacío. Abigail empezó a sentir pánico y golpeó de nuevo. Esta vez, el acero rozó ligeramente el lomo del animal, que se enfureció terriblemente.

Los dientes se hincaron cruelmente en la mano que sostenía el cuchillo.

Abigail lanzó un grito en el que se expresaban inconfundiblemente el dolor y el pánico. El arma cayó al suelo, mientras los caninos de la negra bestia desgarraban cruelmente la mano femenina. Incapaz de sostenerse en píe, Abigail cayó de rodillas.

«Black Ghost» soltó su mano y se arrojó contra la blanca garganta de la mujer. Abigail quiso protegerse con la otra mano, pero su gesto resultó tardío. Los feroces colmillos del animal se clavaron en el cuello. «Black Ghost» mordió con toda la potencia de sus mandíbulas de hierro. Cuando los dientes alcanzaron la yugular, la suerte de Abigail Crandall estaba ya echada.

* * *

El mediodía había pasado hacía ya buen rato, cuando el coche que conducía Bradford Lane se detuvo en la estación de servicio situada en la salida de Goorman City. Lane encargó le llenasen el depósito y revisaran el nivel del aceite. Había conducido ininterrumpidamente durante largas horas y sentía deseos de estirar las piernas.

Había una cafetería en el edificio de la estación de servicio y encaminó, hacia ella sus pasos. Una vez en el mostrador, pidió una taza de café. Sacó un cigarrillo y lo encendió, mientras el barman, un hombre gordo y medio calvo, se aprestaba a cumplir su encargo.

Un poco más allá había una joven sentada frente a una taza de café. Lane la miró de reojo un instante. Era una chica bastante bonita, de excelente figura y aire desenvuelto. El pelo era intensamente negro y su tez tenía cierto color tostado, que la hacía muy agradable a la vista. Por lo que podía apreciar, apenas si necesitaba color artificial para sus labios.

La taza humeante quedó frente a él. Entonces, de pronto, movió la mano para llamar la atención del mozo.

—Por favor...

—Diga, señor.

—Perdone la curiosidad, pero... ¿es usted de esta ciudad?

—Bueno, llevo un montón de años aquí —sonrió el barman—. ¿Por qué lo pregunta?

Lane se pasó una mano por los labios.

—Verá... quizá me tome por indiscreto, pero me gustaría conocer su opinión, señor...

—Norden, Bill Norden. Soy el propietario de la estación de servicio y del motel contiguo.

—Ah, y trabaja detrás del mostrador —se admiró Lane.

—Tengo un empleado enfermo y debo ocupar su puesto. Las cosas no marchan demasiado bien y me conviene ahorrarme el salario de un eventual. Oiga, ¿no irá a pedirme un empleo? —se alarmó Norden.

Lane se echó a reír.

—En absoluto, señor Norden —contestó—. Simplemente quena

preguntarle si ha estado alguna vez en Ballystrand.

—¿En ese pueblo de locos? —Respingó el hombre—. Dios me libre, señor.

—Lane —dijo el joven.

—Pues bien, señor Lane, no voy a Ballystrand por dos razones: el pueblo no me gusta y allí los forasteros son tan bien acogidos como una plaga de langosta en un trigal maduro. Aparte de mi trabajo, claro está.

—Ya. Pero diríase que ha estado en alguna ocasión...

—Sí, cierto. Antes solía ir, pero no al pueblo, sino en los alrededores. Hay mucha caza, ¿sabe?, y de cuando en cuando, me gustaba salir con el perro y la escopeta, pero un buen día me topé con un sujeto que me ordenó marcharme en el acto. Dijo que era el guardabosques de la propietaria y que si volvía a verme por allí, me pegaría un tiro. Comprenderá que no iba a arriesgarme el pellejo por un par de piezas de caza.

—Desde luego —sonrió Lane—. Pero, ¿no ha tenido nunca amistad con nadie del pueblo?

—Hace años, solía venir a verme un tal Richard Brett. Era algo más joven que yo y congeniábamos bastante. Un día me confesó que estaba harto del pueblo y que quería largarse para siempre. Supongo que lo consiguió, porque no he vuelto a verle.

—¿Le dijo por qué estaba harto?

—No, no fue demasiado explícito, aunque mencionó algo de trabajar para otra persona, recibiendo a cambio un sueldo mísero. Sé que el valle pertenece a una mujer medio loca, con un apellido endiablado, y supongo que mi amigo se referiría a ella. En tal caso, justifico su marcha, señor Lane.

—Gracias, amigo —contestó el joven, en el momento en que se le acercaba el empleado de la gasolinera.

—Su coche está listo, señor.

—Gracias. —Lane abonó el importe del combustible y añadió una buena propina. Dos clientes más entraron en aquel momento y Norden se marchó para atenderles. Entonces se le acercó la muchacha del cabello negro y la piel tostada.

—Perdón, caballero —dijo—. Sin querer he oído parte de la conversación que sostenía con el barman y he escuchado el nombre de Ballystrand. ¿Se dirige usted a esa población?

—En efecto, señorita.

—¿Puede llevarme en su coche?

Lane dudó un segundo. La joven advirtió sus recelos.

—Siento tener que pedirle este favor, pero en Goorman City no hay una agencia de alquiler de coches sin chófer. Por supuesto, hay taxis, pero los dos conductores a los que he consultado sé niegan a llevarme a Ballystrand. Usted es mi único recurso, señor Lane.

—También ha oído mi nombre.

—No he tenido otro remedio —sonrió ella—. Me presentaré: Carlota

Montenegro, de la Universidad de Nuevo México.

Las cejas de Lane se alzaron en el acto.

—Ah, viene del Sudoeste...

—En autobús, haciendo distintas etapas, la última de las cuales termina en Goorman City.

—Señorita Montenegro, si me lo permite, le haré una pregunta. Le ruego me conteste, por favor...

—Desde luego, señor Lane.

—¿Por qué quiere ir a Ballystrand?

La sonrisa de la chica era un rayo de luz en su rostro atezado.

—Es bien sencillo. Soy ayudante de la cátedra de Etnología, lo que, en ocasiones muy frecuentes, incluye expediciones por las montañas de Nuevo México, en busca de ruinas precolombinas.

—Lo cual, imagino, explicará ese color tan sano de su cara.

—Si pensó que se debía al mestizaje, olvídelo.

—No soy racista en absoluto, profesora.

—Algunos si han hecho comentarios poco agradables sobre el color de mi piel. Claro que no he hecho el menor caso.

—Los «chicanos» están de moda ahora —sonrió él—Etnología, si no me equivoco, profesora, significa estudio de las razas humanas.

—Y de grupos raciales netamente definidos, como, al parecer, es el de los habitantes de Ballystrand.

Lane respingó ligeramente.

—¿Que sabe de esa gente? —preguntó.

—Muy poca cosa. Hace algunos años» llegó a la Universidad un muchacho procedente de esa población. Trabajaba para pagarse sus estudios y un día mencionó las peculiaridades de su pueblo natal. Yo acababa de terminar mi carrera y tomé nota del detalle para más adelante... Señor Lane, usted no puede imaginarse la cantidad de comunidades aisladas que hay en los Estados Unidos, debido a los más diferentes motivos: religiosos, políticos, sociales, de raza, de clanes tribales... El estudio de las gentes de Ballystrand constituirá, espero, una parte sustancial de mi tesis doctoral.

—Ah, quiere ser doctora —sonrió él.

—No puedo quedarme estancada como simple ayudante de cátedra. Soy moderadamente ambiciosa —contestó la joven alegremente.

Lane meditó unos segundos. Luego dijo:

—Bien, la llevaré a Ballystrand, aunque tengo que prevenirle de algo que, seguramente, no le gustará.

—¿Qué es, señor Lane?

—Se lo diré por el camino. ¿Tiene a mano su equipaje?

—Sí, desde luego.

Lane se hizo cargo del maletín de la muchacha, no demasiado voluminoso. Ella, además de un pequeño bolso de mano, llevaba al brazo un chaquetón de gruesa franela, con dibujos a cuadros de vivos colores y forro de piel de

borrego. Junto con el pullover, los pantalones oscuros y las botas de media caña, constituía su indumentaria, que correspondía enteramente a una mujer de su edad, apenas veinticinco años, alegre y desenvuelta.

El maletín fue a parar al portaequipajes del coche. Lane abrió la portezuela de la derecha y Carlota ocupó su puesto. El dio la vuelta, se sentó y accionó la llave de contacto.

Una vez el automóvil en marcha, Lane empezó a hablar:

—Voy a serle sincero, señorita Montenegro. Es muy posible que no consiga nada en Ballystrand.

—Estoy habituada a tratar con gentes recelosas y poco amigas de confiarse a los forasteros —declaró Carlota.

—Me lo imagino, pero este es un caso muy distinto. Se lo digo por experiencia.

—Ah, ha estado ya allí...

—Una vez, y no lo hice por admirar el paisaje, sino por averiguar qué fue de un amigo desaparecido en ese pueblo.

Carlota enarcó las cejas.

—¿Es usted policía? —inquirió.

—No, ni siquiera investigador privado. A decir verdad, soy periodista y escritor independiente. He viajado mucho por el extranjero y he escrito numerosos reportajes, además de un par de libros...

—Oiga, ahora creo que recuerdo su nombre. B. Lane, autor de «Hombres y mitos de Kharzjul». Muy interesante, créame. Lo leí con verdadera fruición y he aprendido cosas enormemente atractivas para una persona de mi profesión.

—Kharzjul es un valle perdido de las estribaciones del Himalaya, en donde la gente vive casi como en la Edad de Piedra, pero con una inteligencia y una distinción naturales, que los convierten en unos seres admirables por todos los conceptos. Son amables y hospitalarios, pero no se mezclan con seres que no hayan nacido en el valle, y conservan costumbres nacidas con el alba de los siglos.

—Sí, me gustó mucho su libro —dijo la muchacha—. ¿Cree que los habitantes de Ballystrand pueden compararse con los de Kharzjul?

—No, en absoluto, porque en Kharzjul, cuando un extranjero no les gusta, se limitan a expulsarlo, si antes le han admitido entre ellos, para una corta estancia, todo sea dicho. Pero no lo asesinan.

Carlota se sobresaltó.

—Usted teme que su amigo haya sido asesinado en Ballystrand —exclamó.

—No me extrañaría en absoluto, profesora.

Ella guardó silencio un momento.

—En tal caso, sospecho que mi labor no va a tener demasiado éxito —dijo al cabo.

—No se haga ilusiones. Algo de eso pudo sospechar, cuando dos taxistas se negaron a llevarla a Ballystrand, me parece.

—Pensé que se trataría de la clásica rivalidad entre las gentes de dos poblaciones...

—Es algo mucho más serio. Las casas son limpias y se encuentran en buen estado, pero, ¿ha visto usted esas películas en que aparece un pueblo muerto del Salvaje Oeste?

—Si —respondió Carlota.

—Aunque las casas están habitadas, ése es el aspecto actual de Ballystrand —dijo Lane, muy serio.

De repente, al tomar una curva, vio algo que le hizo pisar el freno a fondo. Carlota tuvo que poner las manos en el protector de la repisa delantera, para evitar un golpe dañino.

Había una barrera que cruzaba el camino de lado a lado. Era una gruesa cadena, sostenida por dos gruesos postes de cemento, sólidamente hincados en el suelo. Los taludes laterales impedían que el vehículo pudiera rodear el obstáculo para seguir adelante.

En el centro, otro poste sostenía un cartel que, con grandes letras negras sobre fondo blanco, lanzaba un severo aviso:

PROPIEDAD PRIVADA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO EL PASO

CAPITULO V

Carlota lanzó una exclamación de sorpresa. Lane paró el motor, echó el freno de mano y se apeó del coche. Ella le siguió a los pocos instantes.

—¿Que hacemos ahora? —se lamentó.

Lane se acercó a la carrera y tanteó la cadena. Resistiría sin dificultad el impacto de su coche, pensó. Se necesitaba un camión pesado para romper aquel formidable obstáculo, puesto, no cabía duda, por Brunilde Schwarzberg.

¿Qué pasaba ahora en el pueblo?

Abigail Crandall le había llamado con verdadera urgencia. Antes de salir de Boston, había intentado comunicarse con ella, pero le había informado que no había teléfonos en Ballystrand. Sin duda, Abigail se había desplazado a pie hasta Goorman City, pero, ¿habían colocado la barrera después de que ella le hubiera avisado?

¿Había hablado con Martha Wood, en algún lugar donde pudieran ser escuchadas desde la Mansión?

La joven carraspeó para llamarle la atención.

—Señor Lane...

El se volvió, con una sonrisa de circunstancias.

—No podemos pasar —dijo.

—¿Es el único camino?

—Sí.

—Nosotros venimos desde el Sur. Quizá, dando un rodeo, podamos encontrar un camino que, desde el Norte, permita llegar a Ballystrand.

—Lo siento, éste es el único camino, a menos que se prefiera llegara pie.

—¿Cual es la distancia?

—Poco más de tres kilómetros. Hemos recorrido casi cuatro...

—A pie, unos cuarenta minutos.

Lane echó un vistazo al ciclo.

—Sí, pero no ahora —dijo.

—¿Porqué?

El joven hizo un gesto con la mano.

—Venga, nos sentaremos en ese ribazo —dijo—. Tiene que conocer el resto de la historia... es decir, todo lo que yo sé hasta el momento.

Carlota asintió.

—Esto parece mucho peor que Kharzjul —dijo.

—No tiene ni comparación. Si admiten a uno en el valle, lo tratan con absoluta confianza, como si fuese nativo. Incluso practican la hospitalidad sexual; usted que es etnólogo debe de saber qué es eso.

Carlota sonrió.

—¿La aceptó usted?

—No.

—¿Prejuicios raciales?

—Aceptar esa clase de hospitalidad, significa quedar en deuda con ellos. Quería irme de allí sin deber ni que me debieran nada.

—En paz con ellos y consigo mismo.

—Exactamente. Pero en Kharzjul uno está seguro, puede dormir, si lo desea, con la puerta abierta, moverse con entera libertad, hablar con cualquiera de los nativos de ambos sexos, viejos, niños... ¿Sabe que en Ballystrand no hay niños?

Carlota se sobresaltó.

—Horrible —dijo.

—Ni niños, ni perros... Las gentes están siempre en el interior de sus casas, cuando no trabajan... De no saber que en cada casa hay un matrimonio, se pensaría que, efectivamente, es un pueblo abandonado.

—En donde desapareció su amigo sin dejar rastro.

—Sí.

—¿A qué fue a Ballystrand?

—Era agrimensor del Estado, pero también actuaba privadamente. Hizo el viaje durante unas pequeñas vacaciones, para unas mediciones que le había encargado un cliente quien, al parecer, tiene problemas con la dueña del valle. Sé que llegó a Ballystrand, pero ya no se han vuelto a tener noticias suyas.

—Usted sospecha que fue asesinado.

—Estoy seguro, aunque ignoro exactamente los motivos. —Lane sacó cigarrillos y ofreció uno a la muchacha—. Señorita Montenegro, voy a decirle una cosa. Pienso esperar aquí a que se haga de noche y continuar luego a pie. Ya fui en una ocasión, aunque no tuve que recorrer tanta distancia. Si lo desea, la llevaré al motel de la estación de servicio...

—Gracias, pero, si usted me lo permite, prefiero acompañarle. Soy fuerte, estoy acostumbrada a caminar y a moverme al aire libre. No representaré un estorbo, se lo aseguro.

—La creo —sonrió él.

—Bien —dijo Carlota—, y ahora, ¿por qué no empieza la historia?

—Con mucho gusto.

* * *

—Parecemos dos merodeadores —bisbiseó Carlota cuando, una hora después de haberse hecho de noche, llegaban a las inmediaciones de Ballystrand.

—Al menos, actuamos como tales —dijo él—. Por aquí, sígame...

El pueblo estaba ya a un par de cientos de metros. Había algunas luces encendidas exteriormente, En las casas, todas las ventanas aparecían cerradas. No se veía en ninguna de ellas el menor resquicio iluminado.

—Es cierto, parece un pueblo muerto—murmuró Carlota, muy impresionada a su pesar.

—Pronto sabremos algo —aseguró Lane en el mismo tono de voz.

Quince minutos más tarde, llegaban a la trasera de la taberna. Lane sospechó que a Martha no le iba a gustar demasiado la compañía que llevaba. Claro que, en todo caso. Carlota se podía quedar en otra habitación...

Tanteó la puerta. El porno cedió sin dificultad. Buscó el interruptor y las luces se encendieron en el acto.

A su lado, Carlota lanzó una exclamación.

—¿Esto es una cocina?

Lane se quedó estupefacto. Había una mesa, das sillas, un par de alacenas... pero todos los utensilios, vajillas, cubertería, elementos de limpieza y demás, habían desaparecido por completo.

—¿No se habrá marchado la tabernera? —sugirió ella.

—Ahora lo vamos a saber.

Lane se encaminó hacia la puerta que daba a la taberna propiamente dicha. El local ofrecía idéntico aspecto de desolación. Las sillas estaban recogidas sobre las mesas y las estanterías aparecían completamente vacías de botellas. En el mostrador no quedaba una sola copa.

—Se ha marchado —dijo la joven.

Lane no contestó. Ya subía la escalera que conducía al primer piso.

Carlota le seguía a corta distancia. En el piso superior, encontraron un panorama aún más deprimente.

Todo lo que quedaba era un viejo armario. No había nada más, ni camas, ni sillas, ni ropas de cama o mantas, no había toallas en el baño... Hasta los frascos y el jabón habían desaparecido.

—No le dé más vueltas —dijo Carlota—. La señora Wood se ha marchado del pueblo. Se cansó de esperar clientes, que no acudían, y empaquetó todo, mandó venir un camión de mudanzas, y se largó.

—Estoy pensando algo mucho peor —confesó Lane.

Ella le miró aprensiva.

—¿Un asesinato?

—Abigail Crandall no tiene coche. Necesitó viajar a pie hasta Goorman City, más de siete kilómetros de ida y otro tanto de vuelta. El telegrama fue puesto pasadas las doce de la noche. ¿Por qué ir a hora tan avanzada a la oficina de Telégrafos?

—Es la hora más adecuada para no ser vista, Brad.

—Sí, pero, aun así, ha tenido que suceder algo muy grave, para que se decidiera a hacer una cosa semejante. Y. recuerde, cuando fui a verla, se negó a hablar conmigo.

—Bien, pero ahora ha variado de opinión. ¿Por qué no vamos a verla?

Lane asintió.

—De acuerdo —repuso.

A medida que regresaban por el mismo camino, apagaban las luces. Lane se sentía cada vez más aprensivo. El vacio de la casa era prácticamente absoluto. Había cosas, se dijo, que una persona que se muda de domicilio no se molesta en llevar consigo.

—Tendrían que quedar algunas ropas viejas, un par de zapatos usados, restos de pasta dentífrica en un tubo medio vacio... —murmuró.

—La casa es de Brunilde, ¿no?

—Cierto.

—Puede que quiera alquilarla a oirá persona y que haya ordenado dejarla completamente vacía, sin restos de cosas que pertenecieron al anterior inquilino. ¿Qué me dice de un retraso del pago en la renta? Brunilde podría haberse llevado las botellas y las copas, como medio de cobrarse la deuda, ¿no?

—Son unas deducciones enteramente lógicas, sólo que yo sospecho lo peor —contestó él, en el momento en que apagaba la luz de la cocina.

Minutos más tarde, entraban en la casa de Abigail.

El panorama allí, era enteramente distinto. Había muebles, ropas, objetos personales... pero faltaba la ocupante del edificio.

Y, además, se apreciaban claras señales de un registro efectuado con mucha premura.

—¿Otro asesinato? —sugirió ella, que ya empezaba a creer en las teorías de su acompañante.

Lane no contestó. Lo que sucedía no sólo le parecía extraño, sino que le hacía sentirse sumido profundamente en una atmósfera de terror. En el ambiente flotaba un horror indefinible y se sentía incapaz de conocer los motivos exactos.

Durante un buen rato, estuvo buscando por todas partes. De repente, Carlota llamó su atención:

—¡Venga!

Lane acudió corriendo. Carlota estaba arrodillada en el suelo, junto a una labia que parecía ajustar mal con el resto del pavimento.

—Espere, voy a ver si encuentro algo que nos ayude a levantarla —dijo él.

—Hay un papel y no me atrevo a tirar, para no romperlo —declaró Carlota.

Lane corrió a la cocina y regresó a poco con un cuchillo, con el que levantó ligeramente la tabla suelta. Entonces, Carlota tiró y sacó el papel. Luego se lo entregó a su acompañante, porque pensaba que era él a quien correspondía la lectura del posible mensaje.

Lane desdobló el papel. Había un mensaje, en efecto, escrito con letra rápida, irregular, que acusaba los nervios de su autora. Estupefacto, leyó en voz alta:

—«He avisado al señor Lane... Hoy nos llamaron a todos, pero pude escapar sin ser vista, cuando ya estábamos fuera del pueblo. No quiero tomar parte en otro de esos horribles banquetes... No puedo seguir; ese horrible perro araña la puerta con sus patas... Ella me ha llamado... ¡Que Dios se apiade de mi alma!»

Hubo un momento de silencio. Luego, Lane se volvió hacia la joven.

—Se puede tomar como una prueba en un caso de asesinato, ¿no le parece?

Carlota asintió.

—Al menos, merece una investigación por parte de las autoridades —respondió.

—Muy bien, eso es lo que vamos a hacer.

Lane guardó la cuartilla en uno de los bolsillos y se dirigió hacia la puerta. Abrió y se quedó rígido, completamente inmóvil, sin atreverse a respirar siquiera.

«Black Ghost» estaba en el umbral y enseñaba los dientes amenazadoramente.

CAPITULO VI

A Lane le pareció que un chorro de agua helada le corría por la espalda hacia abajo. Los ojos del animal brillaban fosforescentemente. Emilia unos gruñidos que ponían los pelos de punta. Lane pensó que ya no tendría tiempo de cerrar la puerta. «'Black Ghost» se disponía a saltar y...

De repente, el animal pareció deponer su actitud. Cesaron los gruñidos y su boca se cerró, a la vez que empezaba a menear el rabo, rígido hasta aquel momento.

Lane se sentía estupefacto. De pronto, Carlota pasó por su lado, se arrodilló y rodeó con sus brazos el cuello de la bestia.

—Hola, precioso... Eres un perro muy bonito y simpático. Te llamas «Black Ghost», ¿no es cierto?

La mano derecha de Carlota acarició el lomo del can. Sin cambiar de postura, se volvió sonriendo hacía el joven.

—No hay motivo para sentir temor —dijo.

—Pero aún estoy sudando —resopló Lane—. ¿Cómo ha conseguido...? Lo veía ya saltándome al cuello...

—Parece ser que tengo un don especial para los animales —contestó Carlota—. En cierta ocasión, logré atraerme incluso el afecto de un puma, animal fiero y arisco donde los haya.

—Si, a veces, el instinto de las bestias les hace saber quién es amigo o enemigo —convino el joven.

Carlota acarició una vez más la cabezota del perro.

—Anda, «Black Ghost», vuélvete a casa —dijo suavemente.

El can giró en redondo y se alejó al trote. Segundos después, se fundía con las tinieblas que había más allá del pueblo.

Lane sacó un pañuelo y lo llevó a la frente.

—Carlota, cuando alguna vez me hablen de milagros, diré que este que acabo de presenciar es uno —dijo—. Pero creo que deberíamos marcharnos ya del pueblo.

—Sí, tiene razón.

Carlota lanzó una mirada hacia la colina, en donde se divisaba un punto luminoso.

—¿Nos habrán visto?

—Quizá nos han oído —apuntó él.

—Como sea, el perro ha aparecido muy oportunamente. ¿Acaso lo tienen como vigilante de Ballystrand?

—En todo caso, es un alguacil muy barato, pero terriblemente eficiente. —Lane se estremeció—. Me aterra pensar qué habría ocurrido de no haberla tenido a usted a mi lado.

—El caso es que no le haya sucedido nada. ¿Regresamos?

Lane asintió. La excursión debía darse por finalizada. El coche les llevaría

de nuevo a Goorman City... y él pensó que, para el caso de que tuviera que volver solo a Ballystrand, debería prevenirse a fin de resultar indemne del ataque del perro.

—En Goorman City habrá un representante de la ley, supongo —dijo Carlota, mientras caminaban hacia las tinieblas.

—Sí, aunque lo mejor será que vayamos a verle por la mañana. Lo que haya podido suceder, ya es inevitable —respondió el joven.

Volvió la cabeza. Aún había luz encendida en la Mansión, pero se apagó en aquel preciso ínstame.

* * *

Hank Stafford era el hombre que representaba a la ley en Goorman City y escuchó impertérrito el relato que sus visitantes le hicieron poco después de las nueve de la mañana. Tratábase de un hombre grueso, con grandes entradas en la frente y Que rondaba ya Tos cincuenta años. Sobre su camisa de uniforme, brillaba una estrella de seis puntas. Con los dientes sostenía un cigarro apagado, que no parecía tener intención de encender nuevamente.

Lane le enseñó también el mensaje dejado por Abigail Crandall. Stafford lo leyó cuidadosamente y luego hizo un gesto negativo.

—Lo siento —dijo—. No puedo intervenir en absoluto.

Lane dio un salto en su asiento.

—¿Por qué? —exclamó.

—Soy el comisario de Goorman City y, además, desempeño las funciones de sheriff del condado. Teóricamente, Ballystrand cae dentro de mi jurisdicción, pero es un pueblo con sus autoridades, libremente elegidas, y con un representante de la ley. Mientras ese alguacil no requiera mi colaboración, yo no puedo dar un paso.

—Señor Stafford, mi amigo Jim Farr despareció en Ballystrand. La señora Wood ha desaparecido también y no hay el menor rastro de Abigail Candrall —dijo Lane con gran vehemencia—. ¿No cree que son tres razones más que suficientes para intervenir?

—Siempre que el alguacil de Ballystrand lo crea conveniente, recuérdenlo —insistió el comisario.

—¿Debemos entender que es a ese hombre al que hemos de dirigirnos? —preguntó Carlota.

—Exactamente, señorita Montenegro.

—¿Puede usted darnos su nombre, señor Stafford? —solicitó el joven.

—Claro. Se llama Milton Rooke. Si creen que en Ballystrand se ha violado la ley, hablen con él.

—¿Qué pasaría si se negase a hacer nada?

Stafford enseñó las palmas de sus manos.

—Lo sentiría mucho —contestó significativamente.

Lane trató de dominar la ira que sentía.

—Comisario, ¿no le parece extraño que una sola persona posea no sólo el pueblo, sino todas las tierras que lo circundan, en un radio de tres o cuatro kilómetros a partir de su casa?

—¿Por qué ha de parecerme extraño? Por lo que yo sé, la señorita Schwarzberg heredó esas tierras de sus antepasados, quienes las adquirieron con toda legalidad, comprando casa por casa y trozo por trozo. La señorita acaba de llegar del Sudoeste. Allí, en Nuevo México, en Texas, hay personas que tienen propiedades diez veces más extensas que Ballystrand y el valle.

—¿Y cree que eso le da derecho a cometer crímenes? —preguntó Carlota incisivamente.

—No hay la menor prueba de esos supuestos crímenes. El señor Farr pudo muy bien haberse marchado a otra parte del país c incluso del extranjero. La señora Wood está bien claro que vendió su negocio y abandonó Ballystrand. En cuanto a la señora Crandall, quizá estaba momentáneamente ausente cuando ustedes fueron a su casa.

—Señor Stafford —dijo—, mi amigo Jim Farr era de Boston, estado de Massachusetts. Ballystrand pertenece al estado de Maine. Sí hay sospechas de asesinato, y ha tenido que suceder después de un secuestro, podría intervenir el F.B.I., ya que entonces se trataría de un delito federal. A usted podrían exigírsele responsabilidades, ¿no le parece?

—Hablen con Rooke —insistió Stafford.

Lane se puso en pie.

—Vámonos, Carlota. Trataremos de ver a Rooke. Si no conseguimos nada, créame, iremos al F.B.I.

Stafford se quedó solo, mordiendo el puro nerviosamente. Apenas un minuto más tarde, alguien salió del pequeño lavabo que tenía a sus espaldas.

—Lo he oído todo —dijo el individuo.

—Puede ocurrir algo grave —murmuró Stafford, sumamente aprensivo.

—No, no pasará nada, no se preocupe —rió el sujeto.

—Amenazaron con hacer intervenir al F.B.I. Resultaría catastrófico.

—No vendrán los federales, descuide. Siga como hasta ahora...

—¿Qué pasará si hablan con Rooke? Si Milton se niega a hacer nada, ocurrirá algo malo.

—Instruiré a Rooke debidamente. Repito que no debe sentir ningún temor, Hank. Todo está muy meditado; nada puede fallar... a menos que sea usted mismo el que falle.

—Puede estar seguro de mí —dijo Stafford vivamente—. Pero nunca me ha llamado... ¡Me gustaría tanto asistir a una de esas reuniones!

El hombre sonrió.

—Nos falta la materia prima —dijo—. ¿Por qué no colabora un poco? Si envía una buena pieza, quizá le llame.

Stafford se entusiasmó ante aquella respuesta.

—Hoy misino irá alguien —aseguró—. Y le garantizo que será una buena pieza, señor...

—Silencio, Hank; no pronuncie ningún nombre. Mire a ver si puedo salir sin inconvenientes, por favor.

Stafford se levantó presurosamente y asomó la cabeza fuera de su oficina. Había allí un antedespacho, con una puerta que daba a un callejón lateral. La mecanógrafa no estaba en aquel momento. Hizo una señal con la mano y el hombre aprovechó para salir sin ser visto.

Un aquel momento, Carlota hada una pregunta a su acompañante:

—¿Piensa ver hoy a Rooke, Brad?

—Creo que no daría resultado. Iré al atardecer, justo antes de que anochezca. Quiero ver algo, además de hablar con Rooke. Debe perdonarme, pero el resto del día tendrá que quedarse sola.

—Aprovecharé para hacer algunas compras —declaró la muchacha—. Ya nos veremos más tarde, Brad.

—Muy bien, Carlota.

* * *

El hombre estaba apoyado contra la pared, mascando indolentemente un trozo de madera, cuando se le acercó Stafford, quien se detuvo frente a él, las manos en las caderas, los pies separados y una burlona sonrisa en los labios.

—No te apartes de esa pared, Jake Weaver, o se caerá la casa —dijo mordazmente—

—Llovió hace dos días y el suelo está húmedo. De lo contrario, me vería sentado. O quizá tumbado, comisario —respondió el otro cínicamente.

—Ya, se ve que naciste cansado, hijo de padres cansados y nieto de abuelos que se ponían histéricos cada vez que oían la palabra trabajo. No me explico siquiera cómo te pudieron procrear: aunque gusta, cansa y si tu padre era vago, tu madre no se quedaba a la zaga.

Weaver se encogió de hombros.

—Las alusiones a mis antepasados no me afectan —contestó—. Oiga, comisario, ¿no tiene algo de tabaco para mí?

—Tengo algo mejor, aunque te daré un cigarro. Jake, ve a Ballystrand y preséntate en la Mansión. Necesitan un empleado y te van a pagar un buen sueldo. Diles que vas de mi parte, eso es todo.

—¿Qué pasará si me niego, comisario?

—Pues... te llevaré ante el juez Armstrong y te condenará a tres meses de trabajos forzados, por vagancia. El trabajo que te van a dar en la Mansión no será muy fatigoso, pero sí lo sentirás si tienes que picar grava para carreteras. Elige tú mismo, Jake.

Weaver se despegó de la pared.

—No me deja usted otra opción —rió cínicamente, a través de su barba de seis días por lo menos—. Venga ese cigarro, comisario.

Stafford se lo entregó.

—Antes del atardecer, sabré si has llegado o no a la Mansión —dijo—.

Eso es todo.

Weaver hizo un burlón gesto con el cigarro junto a su sien derecha.

—Estaré allí antes de dos horas —prometió.

* * *

El hombre le miró críticamente de pies a cabeza durante unos segundos. Luego hizo un movimiento con la mano.

—Sígame —dijo.

—Está bien —contestó Weaver.

—Diga «señor». Yo soy Joachim Hirtsch. Administrador de las propiedades de la señorita Schwarzberg.

—Sí, señor Hirtsch —dijo Weaver, muy impresionado por el tono glacial del hombre que había acudido a recibirle.

Momentos después, estaba en una habitación amueblada sencillamente. Hirtsch le señaló una puerta situada al otro lado.

—Allí está el baño. Tiene elementos para asearse y afeitase. Le daré ropa limpia más tarde. Y comida, claro. Tendrá apetito, ¿no es cierto?

—Más que un lobo en invierno —rió Weaver. Y acordándose de la reprimenda, añadió—: Señor Hirtsch.

Weaver se quedó sólo. Curioseó un poco por la habitación y luego entró en el baño. Media hora más tarde, apareció Hirtsch de nuevo, con una fuente repleta de comida en las manos. Los ojos de Weaver se desorbitaron al contemplar la abundancia de alimentos.

—Coma, coma sin miedo, Jake —dijo Hirtsch benignamente—. Luego le traeré sus ropas nuevas. No se preocupe por el trabajo; tiempo tendremos mañana de hablar del asunto.

—Sí, señor.

Weaver cayó sobre la bandeja como el mismo acababa de decirlo, un lobo hambriento. Al terminar, media hora más tarde, eructó ruidosamente y fue a tenderse en el camastro.

Hirtsch apareció al poco rato, con otra bandeja.

—Son fiambres y leche, por si tiene apetito durante la noche —sonrió—. Ah, le he traído también ropas; quizá le estén un poco holgadas, pero no creo que eso importe demasiado.

—La ropa demasiado ajustada estorba para trabajar —dijo Weaver beatíficamente.

—Sí, muy cierto. Buenas noches, Jake.

—Buenas noches, señor.

Al quedarse solo, Weaver de nuevo volvió a la cama. Mentalmente, dio las gradas a Stafford, por haberle proporcionado un empleo tan agradable, con un confortable alojamiento y en donde, según parecía, iba a ser tratado a cuerpo de rey en cuanto a la comida.

CAPITULO VII

Carlota no estaba en el motel y, aunque hubiera estado, Lane no la habría avisado de sus planes. Prefería ir solo, tanto por observar lo que sucedía en Ballystrand por la noche, como por hacer una prueba de la que esperaba obtener interesantes conclusiones. Fue a la estación de servicio, ya anochecido, tomó un par de bocadillos y una taza de café y, sin perder más tiempo, subió al coche.

Pocos minutos más tarde, se detenía ame la barrera. Apagó las luces, saltó fuera y emprendió la marcha a pie.

Antes de una hora, se hallaba ya en las proximidades de Ballystrand. El pueblo, como esperaba, aparecía desierto. Aunque era una hora relativamente temprana, aún no habían dado siquiera las diez de la noche, no le parecía normal que no se viese a nadie en la única calle de la población. Entonces, decidió poner en práctica la primera parte de su plan.

Abrió la puerta de la casa más cercana y encendió la luz. En el interior reinaba un silencio absoluto.

Paso a paso, avanzó hasta el dormitorio. Los ocupantes del edificio dormían plácidamente. Era un matrimonio todavía joven; él no llegaba a los cuarenta años y ella aparentaba unos cuantos menos.

En la casa reinaba un perfecto orden. Los platos de la cena habían sido fregados y la cocina recogida. Las ropas aparecían cuidadosamente dobladas en las sillas o en las perchas de los armarios. Los durmientes llevaban prendas de noche.

Acercándose a la cama, tocó el brazo del hombre y lo sacudió ligeramente.

—Eh —dijo a media voz.

El hombre no se movió, ni dio señales de notar una presencia extraña en su casa. Lane pasó al otro lado y repitió la operación con la mujer, obteniendo idéntico resultado.

—¿Narcotizados? —murmuró.

¿Todos los habitantes de Ballystrand dormían narcotizados?

Si era así, ¿cómo y por qué?

Apagó la luz del dormitorio y recorrió el camino en sentido inverso. Había cerrado la puerta de la casa, para que no se advirtiese su presencia en ella, y al abrir la puerta que daba al exterior, vio a «Black Ghost». Fue un encuentro casi esperado, por lo que 110 le extrañó en absoluto.

El perro gruñía amenazadoramente, enseñando sus dientes. Lane se preparó para el ataque inminente. Esta vez no tenía a Carlota a su lado; debía defenderse por sus propios medios.

Pero, por inteligente que fuese el animal, no podía compararse con un ser humano. Lane le provocó, avanzando el brazo izquierdo.

«Black Ghost» se lanzó al ataque. Cuando sus mandíbulas se cerraban sobre la presa, Lane, ya preparado, hincó en su costado izquierdo la

jeringuilla de inyecciones que había traído a prevención y presionó el émbolo a fondo.

El can gruñía sordamente y le zarandeaba con todas sus fuerzas. Lane tiró a un lado la ya inútil jeringuilla y agarró el collar con la mano derecha. Se tambaleó, pero logró mantenerse en pie. Era vital que el perro continuase aferrado al brazo izquierdo.

Veinte segundos más tarde, los movimientos de «Black Ghost» empezaron a debilitarse. Lane lo notó y sonrió satisfecho. Antes de que hubiese transcurrido un minuto, el perro yacía completamente inmóvil en el suelo.

Lane se miró la manca de la chaqueta, completamente desgarrada por los formidables colmillos de la fiera. Debajo estaba la protección metálica, forrada de guata, que le había impedido sufrir el menor daño.

«Black Ghost» dormiría varias horas. Tranquilo al respecto, reanudó su tarca.

Ninguna de las puertas de las casas de Ballystrand estaba cerrada con llave. Todos sus habitantes dormían profundamente. Nadie contestó a sus llamadas. A no ser porque veía respirar con sosegado ritmo. Lane habría dicho que estaba visitando una ciudad funeraria.

—Cuyos habitantes mueren durante la noche y resucitan durante el día —murmuró, mientras volvía la espalda al pueblo, para emprender el regreso

* * *

Por la mañana se llevó una sorpresa al ver que Carlota no acudía a desayunar. Cuando preguntó por la muchacha, el conserje le dijo que había tomado muy temprano un autobús que se dirigía hacia el sur, pero que ignoraba exactamente su destino. Un tanto decepcionado, Lane decidió continuar la investigación por sí mismo.

Una vez más, se encaminó al valle. Descendió la última pendiente con aire completamente normal, como un excursionista que quisiera gozar de un apacible día de campo. En algunos lugares del valle se veían hombres trabajando en terrenos cultivados. Había humo en algunas chimeneas.

Menos en la de Abigail Crandall y la de Martha Wood, pensó dolorosamente. ¿Qué había sido de las dos mujeres?, se preguntó.

Minutos después, llamaba a una puerta, que se abrió muy pronto. Una mujer le miró inquisitivamente.

—La señora Rooke, supongo —dijo.

—Sí.

—Soy Bradford Lane. Por favor, ¿podría hablar con su esposo?

—Vaya al prado que hay a un kilómetro al Este. Siga el primer sendero a la derecha, después de salir del pueblo.

—Gracias, señora.

La mujer ya no dijo nada más. Parecía hallarse en estado absolutamente normal, pero ¿por qué no había despertado la víspera?

Milton Rooke segaba heno de una forma muy primitiva, con una guadaña. A Lane le pareció que estaba viendo a un robot, vestido con ropas humanas.

—Señor Rooke.

El hombre suspendió su tarea y se volvió.

—Diga.

—Me llamo Bradford Lane, de Boston. El señor Stafford me dijo que usted es el alguacil del pueblo.

—Sí.

—Busco a un hombre llamado Jim Farr. Era agrimensor. Vino aquí hará ocho semanas, aproximadamente...

—El señor Farr hizo su trabajo y se marchó.

—¿Adónde?

—No losé.

—¿Le dijo a usted que volvía a su casa?

—No, aunque supongo que lo haría.

—No ha regresado, señor Rooke.

—Eso no es cuenta mía. Puedo garantizarle que el señor Farr se marchó de Ballystrand. Eso es todo.

—Si le pidiera esa declaración por escrito, ¿lo haría?

—Indudablemente, señor Lane.

—¿Se marchó también la señora Wood?

—Sí.

—¿Y la señora Crandall?

—Falleció de un ataque cardíaco. Está enterrada en nuestro pequeño cementerio. Si quiere ver su tumba...

Lane entornó los ojos.

—¿Quién certificó la defunción de la señora Crandall?

—El doctor Howitz.

—De Goorman City, naturalmente.

—Tengo en mi oficina su certificado médico. ¿Quiere verlo?

Lane alzó la mano.

—Me basta con su palabra, alguacil. Muchas gracias. Le ruego dispense la molestia.

Rooke volvió a su trabajo. A Lane le pareció más robot que nunca. Y no sólo por la forma en que movía la guadaña.

Todas las respuestas habían sido pronunciadas sin vacilar un instante, como si esperase que alguien le formulase un día las preguntas adecuadas.

«O como si alguien le hubiese dictado esas respuestas y se las hubiese aprendido de memoria», pensó.

Cuando remontaba la cuesta, al otro lado de la cual se perdía de vista el pueblo, alguien le cerró el paso.

* * *

Lane contempló con aprensión el enorme perro negro. Aun sujeto por la mano de su dueña, «Black Ghost» ofrecía un aspecto temible. Brunilde, por el contrario, presentaba una apariencia radiante, un extraño contraste entre su hermosura y la fiereza de la bestia negra.

—Le gusta nuestro país, señor Lane —dijo ella.

—Es muy hermoso, señorita Schwarzberg. Aunque no estoy aquí solamente por admirar el paisaje.

—No es cazador, según puedo apreciar —observó Brunilde.

—No me gusta la caza. Estoy aquí para averiguar lo que fue de un amigo mío, que vino a Ballystrand hace más de ocho semanas y no ha vuelto a dar señales de vida.

—Sin duda, se refiere usted al señor Farr.

—Sí, en efecto.

—Un hombre encantador —sonrió la joven—. Pero se marchó.

—Eso me ha dicho el alguacil Rooke, señorita.

—Es verdad. Lo digo, porque parece que no está muy convencido de los informes obtenidos.

Lane hizo un gesto con la mano.

—Usted lo afirma así, el alguacil también, ¿cómo voy a dudar de la palabra de personas tan honorables?

—Gracias, señor Lane.

—Bien, y ahora si me dispensa... Usted me aconsejó en cierta ocasión que no me quedase en el valle después de la puesta de sol.

—Era sólo un consejo, no una orden. A las gentes de Ballystrand no les gustan demasiado los forasteros. Simplemente, quise evitarle inconvenientes.

—Sí, comprendo.

—De todos modos, si el valle le gusta, venga cuando quiera. Me agradaría invitarle un día a tomar té en mi casa.

—Es posible que vaya —respondió Lane, sin querer comprometerse demasiado—. Muchas gracias por su amabilidad, señorita Schwarzberg.

—Ha sido un placer —respondió Brunilde.

El perro le miraba de un modo ominoso. Lane emprendió una mesurada pero conveniente retirada.

Cien metros más allá, se volvió. Brunilde y el can destacaban nítidamente en la cresta de la loma, recortándose sus figuras contra el brillante cielo del mediodía.

Continuó andando. De nuevo se volvió, ahora cuando sólo había dado media docena de pasos. Respingó al darse cuenta de que Brunilde y el can habían desaparecido.

—El perro es un fantasma negro y ella... ¿es de carne y hueso? —murmuró entre dientes.

Regresó al motel. Durante el camino, había llegado a una decisión. Fuese lo que fuese, por el momento todo estaba muy bien planeado. Si se habían producido crímenes, era imposible descubrirlo por el momento. La fortaleza

levantada por la enigmática Brunilde era inatacable en aquella situación.

Entonces, se dijo, lo mejor era dejar que los centinelas se confiasen y descuidasen la vigilancia. Para ello lo mejor era dejar pasar un tiempo prudencial y regresar inopinadamente.

La sorpresa podía resultar un factor favorable, decidió finalmente.

Cuando salía del motel, con un maletín en la mano, vio a Stafford.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó el comisario, haciendo bailar el puro que sostenía con los dientes amarillos por la nicotina.

—Sí, todo está en orden. Rooke ha disipado mis dudas.

—Ya me parecía a mí... ¿Se marcha?

—Me vuelvo a Boston. —Lane arrojó el maletín en el asiento posterior y se sentó tras el volante—. He tenido mucho gusto en conocerle, comisario.

Stafford se llevó un dedo al ala del sombrero.

—Buen viaje —le deseó.

Por el retrovisor, Lane vio al comisario, en pie, las piernas separadas y las manos en las caderas. De repente, se le antojó que aquel sujeto sabía mucho más de lo que aparentaba. Era un pueblerino cazurro, pero nada tonto.

Y si en el valle se cometían crímenes, necesitarían tener las espaldas bien cubiertas, a fin de obtener impunidad. Costaría dinero... pero Stafford ofrecía la estampa clásica del representante de la ley venal y corrupto.

Sería cosa de investigar en ese sentido, se dijo, pero era preciso llevar a la práctica el plan ideado. Había que dejar pasar algún tiempo. Ya volvería... y confiaba en hallar dormidos a los centinelas de la fortaleza.

Luego se acordó de Carlota Montenegro. Una chica encantadora. ¿Por qué se había marchado tan inesperadamente?

¿Volvería a verla?

CAPITULO VIII

Bruscamente, Milton Rooke se sentó en la cama. Su mujer se despenó también.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

Rooke abandonó el lecho y empezó a vestirse.

—Tengo que salir —dijo.

—Milton... —exclamó la mujer aprensivamente.

— Tengo que hacerlo —contestó él, mientras se abrochaba los botones de la camisa—. ¿Es que no lo comprendes? ¿No recuerdas lo que sucedió la última vez?

Betsy Rooke cerró los ojos.

—¿Por qué a nosotros? ¿Por qué? —gimió.

—Ya has visto que esta noche no hemos tomado la bebida que ella nos ordena tomar a diario, después de la cena. No puedo aguantarlo más, créeme. A veces pienso que la cabeza me va a estallar...

—Milton, tengo miedo, muchísimo miedo —se quejó Betsy.

Rooke se había sentado en una silla y estaba calzándose las botas.

—Yo también, pero sólo hay una forma de salir de esta situación —contestó.

—¿Vas a ver a Stafford?

—¿Stafford? —Rooke lanzó una agria risotada—. Es la última persona a quien le confiaría lo que sucede en este maldito valle. No, no se lo diré. Pasaré de largo por Goorman City... Bueno, alquilaré un taxi que me lleve a la próxima estación de ferrocarril y viajaré a Boston. Encontraré a Lane y le contaré la verdad.

—Pero no sabes dónde vive...

—En Boston hay una Policía muy eficiente. No te preocupes, cariño; no me costará demasiado dar con él.

Rooke terminó de vestirse y fue a la consola que había en el dormitorio. Abrió un cajón, rebuscó un poco y encontró al fin unos cuantos billetes.

—Por lo menos, hay suficiente para llegar hasta Boston. El señor Lane me ayudará para el viaje de vuelta —dijo.

Rooke se acercó a la cama y se inclinó sobre su mujer.

—Cariño, tengo que hacerlo, compréndelo. Tú misma, aunque tengas mucho miedo, estás de acuerdo conmigo, ¿no es así?

Los ojos de Betsy estaban llenos de lágrimas.

—Sí, querido... Pero ten mucho cuidado...

—Quédate tranquila. Estaré de vuelta dentro de un par de días, tres como máximo. Si alguien pregunta por mí, di que estoy en cama con un fuerte catarro. Anda, apaga la luz.

Betsy obedeció. Rooke se dirigió hacia la puerta y abrió.

El pueblo estaba sumido en un completo silencio. Tras unos segundos de

indecisión, salió de la casa y echó a andar, pegado a los edificios. Poco después, estaba ya en el camino, en las sombras.

Caminó a buen paso, ansioso de llegar cuanto antes a Goorman City. De repente, creyó oír un ruido a sus espaldas.

Pasos que no eran de persona, jadear de bestia feroz...

Rooke se volvió. «Black Ghost» saltaba sobre él, buscaba su garganta...

El grito de Rooke se quebró apenas iniciado.

Unos minutos después, sonó el teléfono en la casa de los Rooke.

Betsy se agarró con ambas manos al embozo de la sábana, temblando de pies a cabeza. Quena negarse a responder a la llamada, pero una fuerza irresistible, superior a sus deseos, le hizo abandonar el lecho.

Descolgó el aparato. Una voz lúgubre resonó en sus oídos.

—¿Señora Rooke?

—Sí..., sí, yo misma...

—Su esposo no debió haber abandonado nunca la población. Pero se marchó y no regresará jamás.

—Milton... —sollozó la mujer.

—¿Por qué nos desobedeció?

Betsy guardó silencio.

—Es lo mismo —continuó la voz—. Conocemos los motivos, se le ha ocurrido la idea de marcharse, olvídelo. Eso es todo.

Cuando la comunicación se hubo cortado, Betsy corrió a ponerse una bata. Buscó un farol y salió corriendo de la casa. Minutos más tarde, divisó un bulto en el suelo.

La luz del farol iluminó unos reflejos de color escarlata. Al ver aquel horripilante espectáculo, Betsy Rooke lanzó un alarido de bestia herida.

—Milton, Milton...

El perro surgió bruscamente de las sombras, enseñándole las fauces amenazadoras, a la vez que emitía gruñidos. Paso a paso, avanzó hacia la mujer. Betsy, aterrada, retrocedió lentamente.

Implacable, «Black Ghost» la hizo volver a su casa. Una vez dentro, Betsy se arrojó sobre el lecho y empezó a sollozar desconsoladamente.

A la mañana siguiente, una procesión de hombres y mujeres se dirigió al cementerio. Cuatro hombres eran portadores de un sencillo féretro, construido con maderas sin pintar. Cuando el cuerpo sin vida de Milton Rooke estuvo a seis palmos de la superficie, los hombres y las mujeres de Ballystrand, en silencio, sin hacer el menor comentario, volvieron a sus labores habituales.

Incluida la señora Rooke.

* * *

La puerta se abrió y Joachim Hirtsch entró en la habitación, portador de una bandeja repleta de apetitosos manjares. Jake Weaver contempló sonriente al individuo.

—¿Otra vez?

—¿Le molesta?

—Oh, no, en absoluto. Mire, señor Hirtsch, con franqueza, yo soy enemigo de curvar el espinazo trabajando y si pudiera vivir sin dar golpe, créame, lo haría, pero esto me parece ya excesivo. Ni siquiera me han dejado salir para cortar un poco de leña...

—Oh, no se preocupe. Su trabajo consiste, precisamente, en alimentarse.

—¿Qué?

—Lo único que tiene que hacer es comer, sin preocuparse de más. Por cierto, ¿se ha pesado ya?

—Sí. He ganado casi nueve kilos en una semana... Oiga, nunca me había pasado nada semejante...

—Usted ha sufrido siempre muchas privaciones. Estaba deficientemente nutrido, padecía un principio de avitaminosis, tenia falla de calcio... No se preocupe y coma, amigo Jake.

Hirtsch dejó la bandeja sobre la mesa. Weaver contempló con ternura aquella maravillosa perspectiva.

—No sé lo que me pasa —dijo—. Es curioso, pero casi a todas horas tengo el apetito de un lobo.

—Eso es bueno —sonrió Hirtsch—. Me alegro mucho de su buen apetito, Jake.

Weaver alzó una mano.

—Por favor...

—¿Si, Jake?

—Mire, señor Hirtsch, yo me imagino que es usted médico o algo por el estilo y que está haciendo investigaciones sobre dietética... Cuando se pasan largas horas sin nada que hacer, se piensa mucho, ¿sabe?

—Es lógico.

—Bien, a mi esos experimentos me parecen de maravilla, pero me siento mortalmente aburrido.

—Oh, comprendo. Le traeré lectura, Jake.

—¿Televisión no?

—Lo siento, la recepción es muy deficiente en esta comarca. Da mucha rabia encender un televisor y ver que apenas se captan unas manchas borrosas. Es mejor la lectura. Le traeré cosas alegres, divertidas...

—«Comics» —exclamó Weaver—. Me gustan mucho, sobre todo, los de ciencia ficción.

—De acuerdo.

Weaver se quedó solo. Contempló la bandeja. Un enorme filete, de dos dedos de grueso, con patatas fritas, crema, mantequilla, verdura, un vaso de zumo de naranja, pan, una enorme jarra de cerveza, café, en una jarra-termo, un par de pasteles de buen tamaño... Frotándose las manos de gusto, se sentó a la mesa y agarró el cuchillo y el tenedor.

—Esto es vida —dijo, disponiéndose a atacar el filete.

* * *

De repente, Bradford Lane se detuvo y contempló a la hermosa mujer que acababa de salir de una de las «boutiques» más lujosas de Boston.

—Rosalee, ¿eres tú o es tu hermana gemela la que está viajando por Europa?

Ella se volvió. Tenía unos treinta años, era alta, de formas generosas, ojos claros y cabello dorado. Su indumentaria era elegante, sin llegar a ridículas sofisticaciones.

—Brad Lane, no tengo ninguna hermana y tú lo sabes bien —contestó Rosalee Alderton—. No tengo padres, hermanos ni marido...

—¡Pobre huerfanita! —rió él, con la mano de la joven en las suyas—. Ni siquiera un marido, ¿verdad?

—El último resultó un fracaso.

—¡No me digas!

Ella se le acercó.

—¿Quieres saber la verdad, Brad?

Lane parpadeo. Rosalee era una de las mujeres más ricas de Boston, libre, independiente y, además, muy hermosa. Ahora llevaba el apellido Alderton y era el de su tercer esposo.

—Sí, dímelo por favor.

—Era, es un canalla y un hijo de puta. Brad, contigo tengo confianza suficiente para hablar como una golfa de los barrios bajos.

—Claro, guapa.

—Me salió maricón.

—¡Demonios!

—Lo único que quería de mi era conseguir un divorcio rápido... y una sustanciosa indemnización. Oye, Brad, yo he estado con más de un hombre y sé lo que pasa cuando me desnudo delante de él.

—Me lo imagino —sonrió el joven—, aunque todavía no me he visto en esa agradable situación. ¿Qué más?

—Bueno, pues mi flamante esposo... nada. Oye, cuando tú ves, por ejemplo, una estatua o un cuadro, que representan un desnudo femenino, permaneces tan tranquilo, sin alterarte.

—Por supuesto.

—Pues lo mismo le pasó a él. Oye, parecía que estuviese contemplando la Venus de Milo. Cuando empecé a recelar algo, me lo confesó descaradamente.

—¿Qué hiciste entonces?

—Bueno, de momento, y después de recobrar el aliento, porque, no te quepa la menor duda, en una situación así, una se queda sin aliento, le dije que sí. Luego le preparé una trampa.

—¿Qué trampa?

—Tengo un buen amigo que también es lo que él, pero actúa siempre con discreción. No lo oculta, pero tampoco alardea. Le confesé mí problema y se mostró dispuesto a ayudarme. En resumen, conseguí tomar unas fotografías muy comprometedoras. Luego solicité el divorcio por la homosexualidad declarada de mi esposo, que le impedía atender adecuadamente a sus deberes conyugales. Solución: divorcio instantáneo, sin derecho a indemnización. Cuando salimos del juzgado, le di lo que se merecía.

—Un buen puntapié en salva sea la parte.

—En el lado opuesto, por delante, hombre —estalló Rosalee en una resonante carcajada—. ¡Total, para lo que le sirve...!

Lane se echó a reír, a la vez que miraba con simpatía a aquella hermosa desenvuelta mujer. Le gustaba mucho, pero sabía que Rosalee, aparte de otras cualidades muy agradables, era también bastante voluble. No habrían congeniado durante mucho tiempo; a veces resultaba muy absorbente y él también tenía un carácter bastante fuerte. El choque, a la larga, se habría producido inevitablemente.

De repente, ella hizo una pregunta:

—Brad, ¿tienes algo que hacer?

Lane se sorprendió ligeramente.

—Pues... en estos momentos, no, nada de importancia —contestó—. ¿Por qué me lo dices?

Rosalee hizo oscilar sus párpados bien pintados.

—¿No te gustaría venir a pasar conmigo un fin de semana en mi casa de Black Mountain?

Lane recorrió con la vista la atractiva silueta que tenia frente a sí. Rosalee era mujer sin complejos... y de compañía muy agradable, cuando el encuentro resultaba de corta duración.

—No me desagradaría, en efecto —convino.

Ella le tendió una mano.

—Tengo que acabar de hacer algunas compras. Ven mañana a buscarme, después del almuerzo. No traigas coche; viajaremos en el mío. Mientras, avisaré al matrimonio que cuida de la casa, para que lo tenga todo preparado: comida, bebida, leña para la chimenea... Allí, en las alturas, hace frío todavía...

—Iré a buscarte después del almuerzo —prometió Lane.

Un fin de semana en las montañas y en la agradable compañía de una hermosa y ardiente mujer resultaba un panorama de enorme atractivo.

Al día siguiente, Rosalee comprobó, con gran satisfacción, que el hombre que era su invitado no la había tomado por una estatua de mármol.

—Todo lo contrario —dijo él, mientras, tendidos sobre unas pieles, junto al fuego de la chimenea, fumaban unos cigarrillos—. No tienes nada se estatua, salvo la silueta.

—Gracias, cariño. Y tú eres un verdadero hombre... Oye no te has casado todavía, ¿verdad?

Lane se alarmó «A ver si ahora quiere conquistarme», pensó.

—No, sigo soltero.

—Sigue así —dijo Rosalee, para tranquilidad de su invitado—. No te cases nunca. Cuando veas a una mujer guapa, tómala sin remilgos; y si ella no quiere, otra habrá muy cerca.

—Tú haces lo mismo con los hombres...

—Psé, a veces. El tipo tiene que gustarme mucho, como tú, por ejemplo.

—Gracias, encanto. —Lane se incorporó—. Voy a echar un par de troncos a la chimenea —anunció—. Tenías razón, aquí, en Black Mountain, hace todavía mucho frió...

De pronto se interrumpió para lanzar un grito. Rosalee se asustó.

—¿Qué te pasa, Brad?

Lane se inclinó sobre ella y la besó fuertemente en los labios.

—Nada, encanto, salvo que acabo de encontrar la solución parcial a un enigma que me trae desvelado desde hace algún tiempo —contestó.

—¿Puedo conocer ese misterio? —preguntó ella.

Lane estaba ya con un tronco en la mano, junto al hogar.

—Lo sabrás cuando haya hallado la solución total —respondió.

CAPITULO IX

El camión, aunque no era de gran tamaño, le cerraba el paso. Lane paró el automóvil y se apeó.

—¿Puedo ayudarle, amigo? —se ofreció, cortés.

El conductor del camión se apeó y contempló desanimado la rueda deshinchada.

—¡Qué mala pata! —se quejó—. Tengo algo de prisa...

—Bueno, entre los dos podemos solucionar su problema —dijo el joven.

—Gracias, amigo —sonrió el conductor—. Oiga, usted pertenece a esa especie de los buenos samaritanos, que ya se está extinguiendo.

—No exagere. Lo hago con mucho gusto. Me llamo Brad Lane.

—Rock Taylor. Encantado, señor Lane...

—Brad a secas, hombre.

Taylor sonrió y fue a buscar las herramientas necesarias para cambiar la rueda pinchada. Mientras trabajaban, Lane observó las características del camión.

—Es frigorífico— dijo.

—Sí, llevo alimentos que pueden estropearse; mucha carne, un par de cerdos... enormes, cipa, de más de ciento cincuenta kilos cada uno. También llevo pescado, huevos...

—¿Algún supermercado?

—No. Una casa que hay en el valle, al otro lado de la colina.

Lane arqueó las cejas.

—Ah, va a Ballystrand.

—Sí, hago un viaje mensual, más o menos. Bueno, el camión no es mío; yo sólo soy un asalariado... Pero siempre me dan buena propina. Casi me gano otro sueldo con cada viaje.

—Perdone, Rock, pero yo he estado en Ballystrand y no he visto allí ningún supermercado.

—Yo llevo las provisiones a la Mansión. Brad.

—Ah, ya entiendo.

—¿Va usted también allí?

—No, me quedo más cerca. Hace un día magnifico. He venido a disfrutar del aire libre y del campo sin contaminar. Soy escritor. De cuando en cuando, se me carga la cabeza y necesito un poco de «ventilación».

Taylor se echó a reír.

—Sí, me lo imagino. —Dio los últimos toques a una tuerca, se limpió las manos con una bola de borra y luego guiñó un ojo a su improvisado ayudante —. Brad, yo no puedo darle una propina, pero tengo ahí algo para reaccionar en situaciones... imprevistas.

Lane se echó a reír.

—Venga ese trago, Rock.

Taylor buscó en la cabina del camión y sacó un frasquito plano, del que los dos hombres bebieron sucesivamente. Luego de despedirse con grandes palmadas en los hombros, volvieron cada uno por su vehículo.

Tres kilómetros más adelante, Lane observó que la barrera estaba quitada. Sin duda, pensó, esperaban la llegada del camión de las provisiones. Pero, prudente, no quiso seguir adelante y detuvo el coche a un lado, al objeto de que el camión pudiera pasar la vuelta por aquel lugar.

Taylor se detuvo y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿No sigue, Brad?

—Me quedo aquí —respondió el joven. De pronto, se le ocurrió que no estaría de más tomar precauciones—. Rock, ¿puedo pedirle un favor?

—Claro, estoy en deuda con usted.

Lane se apeó y caminó hacia el otro vehículo.

—No diga que me ha visto —rogó.

Taylor le miró un instante. Luego asintió.

—Descuide. Brad.

—Gracias, Rock.

El camión arrancó de nuevo. Lane encendió un cigarrillo. Miró a su alrededor. Lucía un sol radiante. La primavera estallaba por todas partes.

Para algunos, ya no habría aroma de flores silvestres, pensó tristemente. No estaban encima, sino debajo de la hierba.

* * *

Había ido prevenido para la larga espera y se había llevado consigo algunos bocadillos y un par de latas de cerveza. Presentía que, antes de acabar el día, vería a Brunilde Schwarzberg.

La joven apareció repentinamente, cuando el sol estaba todavía alto sobre el horizonte. Como de costumbre, «Black Ghost» estaba a su lado.

El perro gruñó, pero estaba sujeto por la firme mano de la joven. Sin embargo, Lane notó que el animal retrocedía ligeramente al acercarse a su dueña.

—Ha vuelto otra vez —dijo Brunilde.

—El país me gusta —sonrió él—. Pero, como puede ver, todavía luce el sol y no he traspasado los límites de su propiedad.

—¿Lo dice por la barrera que mandé instalar? Eso desanima a los curiosos, pero no se refiere a los amigos.

—¿Me considera como amigo?

—Al menos, conocido.

—Gracias, señorita...

—Llámeme Brunilde.

—Un nombre de resonancias germánicas. «Los Nibelungos», «El Oro del Rhin» y demás. Sigfrido, Brunilde...

—Y Krimilda, la hermana vengadora.

—Eso no es verdad en su caso, me imagino.
—No, por supuesto. Señor Lane...
—Brad, por favor.
—Está bien. La última vez le invité a tomar el té. Reitero la invitación.
—Se hará tarde cuando lleguemos a su casa —objetó él.
—Puede utilizar su coche.
—Y usted, ¿a pie?
—Seremos sus pasajeros —dijo Brunilde, acariciando la cabeza del perro.
—Encantado.
«Black Ghost» pareció resistirse un tanto a subir al coche y sólo obedeció cuando ella le dio una enérgica orden. Lane sonrió para sus adentros y accionó la llave de contacto.
El pueblo estaba desierto, cosa que ya encontraba natural. Momentos después, se apeaban del coche frente a la casa.
Brunilde dejó el perro libre.
—No le hará nada mientras está en la casa —dijo.
Lane sonrió. La puerta se abrió en aquel momento y un hombre apareció en el umbral.
—Señorita...
—Joachim, éste es el señor Lane, mi invitado. Brad, le presento a Joachim Hirtsch, mi fiel servidor.
Lane hizo una inclinación de cabeza. Le pareció que en los ojos de Hirtsch surgía un chispazo de cólera, pero, pensó, quizá era sólo una ilusión. Se sentía demasiado impresionado por aquella casa, sólida, de recios muros, construida con el más puro estilo germánico.
Tomaron el té en una sala encantadoramente decorada, mientras charlaban de temas corrientes. Cuando terminaron, era casi de noche.
Lane se puso en pie.
—Bien, no quiero seguir abusando de su hospitalidad...
Brunilde le dirigió una larga mirada.
—¿Por qué no se queda a cenar? ¿Le espera alguien?
—Oh, no, en absoluto, pero sería demasiada molestia...
—En la casa hay habitaciones de sobra. Los informes meteorológicos anuncian buen tiempo. Quizá le guste ver la salida del sol desde SU habitación. Le aseguro que es un espectáculo encantador.
—Brunilde, no sé cómo darle las gracias.
—No me las dé —rió ella suavemente—. Con su permiso, avisaré a Joachim para que lo prepare todo.
—¿Es su único servidor, Brunilde?
Ella estaba ya en la puerta y se volvió.
—No necesito más, Brad —contestó.

* * *

Lane fumaba pensativamente en su dormitorio. Hacía ya rato que se había despedido de su bella anfitriona, después de la cena, rematada con el café y los licores. Ahora, se dijo, estaba en el centro del enigma, en el núcleo de aquel valle misterioso, donde las personas desaparecen sin dejar el menor rastro, donde sus habitantes parecían morir durante la noche, en lugar de dormir, y se portaban como autómatas durante el día... ¿Conseguiría averiguar la suerte corrida por Jim Farr... y Manita Wood y Abigail Crandall?

En la casa reinaba un silencio total. Lane sentía cierta impaciencia, pero decidió dominarse. No podía hacer nada tan pronto; era preciso esperar el momento adecuado.

Transcurrió una hora. Lane se arriesgó a asomarse al corredor del primer piso. Sólo había un par de lámparas encendidas. Titubeó un momento y, al fin, decidiéndose, descendió a la planta baja.

Había allí una puerta que, supuso, debía dar a un sótano. Abrió con cautela, buscó el conmutador de la luz e inició el descenso por unos escalones de piedra, un tanto gastados en los bordes. Al término de la escalera, divisó otra puerta.

Estaba cerrada con llave, pero no se arredró por ello. Había ido prevenido para la ocasión. Su experiencia como periodista le había enseñado muchas cosas. Con una de las ganzúas que llevaba, abrió la puerta y pasó al otro lado.

Encendió la luz y respingó ligeramente al ver al hombre monstruosamente gordo que yacía sobre la cama, roncando sonoramente. A la derecha vio una mesa, con rastros de una abundante comida. La jarra era de litro y había contenido cerveza.

Lane se acercó al individuo y le tocó en el hombro. El sujeto se movió ligeramente, eructó y luego ladeó la cabeza, para seguir sumido en su profundo sueño. Lane decidió dejarlo; tal vez era el jardinero o el guardabosque que había oído mencionar en alguna ocasión. Demasiado gordo para semejante oficio, estimó, pero quizá era así por naturaleza.

El hombre, desde luego, era desconocido, porqué se cerraba con llave por dentro. Apagó la luz, salió y volvió a utilizar la ganzúa en sentido opuesto.

Había otra cosa que le interesaba todavía más que un guardabosque desconfiado y tragón. Volvió al vestíbulo y abrió sucesivamente todas las puertas. Allí no había nada de lo que buscaba, admitió decepcionado.

Regresó al primer piso. El corredor formaba una gran U, de ramas rectas, había visto que Brunilde se dirigía hacia la rama de la derecha, después de la cena. Su dormitorio estaría en aquella ala de la casa.

Caminó hacia el lado opuesto. Al final de la rama izquierda, había una puerta.

Abrió. El cuadro de escucha que vio desde el umbral le pareció perfecto en su género. Había una doble batería de luces, apagadas en aquellos instantes, y cada una de ellas con un rótulo encima. También divisó conmutadores, un par de micrófonos...

Lentamente, se acercó al cuadro de control. Empezó a leer los nombres

escritos por parejas en cada una de las tiras de papel en relieve que había situadas sobre las luces.

Momentos después, echaba a faltar dos nombres en el cuadro de escucha: Martha Wood y Noah y Abigail Crandall. En el correspondiente a los Rooke, figuraba solamente el de la mujer, Betsy.

La ausencia de aquellos nombres era harto significativa. Ya no era necesario vigilar a los que ya no vivían. Pero ¿por qué faltaba el nombre del alguacil y si estaba el de su esposa?

Merecía la pena averiguarlo.

Regresó a su dormitorio. Apenas encendió la luz, se quedó en el umbral, rígido, inmóvil, esforzándose por mantener la serenidad.

Brunilde estaba en el lecho, recostada indolentemente, apenas velado su espléndido cuerpo por unas gasas de tejido tan sutil como una tela de araña. Aquella prenda era sólo un motivo excitante, mucho más que si hubiera estado completamente desnuda.

—¿Padece de insomnio? —preguntó ella.

—A veces. La casa no es mía, he extrañado la cama... es un ambiente distinto... Fui a buscar un libro....

—Y no lo encontró.

Lane hizo un gesto negativo.

—¿También usted sufre de insomnio?

—A veces —repitió ella la misma respuesta.

—Será porque vive sola.

—Está Joachim.

—Es un hombre maduro.

—Cierto.

Hubo un momento de silencio. Brunilde tenía los labios entreabiertos. Sus dientes se veían brillar blanquísimos entre la carne roja y pulposa. Era una sonrisa cuyo significado no podía pasar desapercibido para el joven.

—Brad, ¿tiene miedo de las mujeres?

—De algunas mujeres.

—Por ejemplo, yo.

Hubo un instante de silencio. Después, Lane se volvió e hizo girar la llave en la cerradura.

—No te temo en absoluto, Brunilde Schwarzberg— dijo, a la vez que avanzaba hacia el enorme lecho.

Era una cama antigua, enorme, con dosel sostenido por cuatro columnas de madera artísticamente tallada y cortinas rojas, de seda sólida y pesada, sujetas por cordones dorados.

Lentamente, Lane empezó a soltar los cordones que sujetaban las cortinas. El lecho quedó completamente cubierto a los pocos momentos. Cuando abrió las cortinas de su lado, vio que Brunilde ya no llevaba encima el camisón.

—Ven, hombre valeroso —rió ella, tendiéndole los brazos, blancos y mórbidos.

CAPITULO X

Lane despertó repentinamente. Los recuerdos de los sucesos durante la noche acudieron de inmediato a su mente. Estiró los brazos voluptuosamente. Entonces se dio cuenta de que estaba solo.

Perezosamente, abandonó el lecho y fue al baño. Poco después, se vistió y salió del dormitorio. Unas voces llegaron a sus oídos casi en el acto.

Creo que no debes temer nada,. Joachim —decía Brunilde en aquel momento.

—Buscaba a Jim Farr —contestó el hombre hoscamente.

—No ha encontrado el menor rastro. Ni lo encontrará, que es mejor todavía. Por otra parte, estuve sondeándole. Parece ser que ese Farr llevaba una doble vida, muy bien oculta. Su esposa tiene ahora la seguridad de que se largó con otra fulana.

—Si es cierto...

Brunilde soltó una risita.

—Joachim, hay momentos en los que un hombre resulta absolutamente sincero —dijo.

—Pero estuvo con Martha Wood y le pudo contar...

—Repito que no puede probar nada. Nada, absolutamente nada —dijo Brunilde con gran énfasis—. Pudo darse cuenta de que Martha era una mujer resentida, porque las gentes del pueblo le hacían el vacío. Ha tomado lo que le dijo por simples mentiras, fruto de ese resentimiento.

Lane sonrió para sí. Brunilde había tratado de sonsacarle y lo había conseguido, pero no en el sentido deseado. Así era mejor, se dijo.

—¿Cuándo se marcha? —preguntó Hirtsch.

—Hoy mismo, después del desayuno.

—Habrá que cerciorarse de que, efectivamente, abandona el valle. No me gustaría verlo como invitado a la noche, ahora que todo está ya preparado para la fiesta.

—Se irá, descuida.

Lane decidió que debía dar a conocer su presencia. Volvió al dormitorio, abrió y cerró la puerta ruidosamente y luego salió, con paso firme, a la vez que silbaba una alegre cancioncilla.

Instantes después, se hallaba en el vestíbulo.

—¿Ha descansado bien, Brad? —preguntó la joven.

Lane sonrió. Hirtsch estaba presente. Ella quería aparentar algo que no era cierto, como si quisiera decirle que no debía mencionar delante de Hirtsch lo ocurrido por la noche, buscando complicidad de esta manera. Lane entendió el sentido de la pregunta y sonrió.

—Sí, estupendamente —contestó.

—Tendrá que dispensarme; he de hacer unas cosas... Joachim le servirá el desayuno.

—Gracias, Brunilde. Me marcharé después...

Ella le tendió la mano.

—Vuelva siempre que guste —dijo.

Al quedarse solos, Hirtsch señaló una puerta.

—Si tiene la bondad de aguardar unos minutos, le serviré el desayuno, señor Lane.

—Muchas gracias, Joachim.

Hirtsch se marchó. Lane preguntó qué clase de fiesta se iba a dar aquella noche. No estaba invitado, pero procuraría asistir.

Abrió la puerta y dio dos pasos en la estancia. Inmediatamente, presintió la trampa.

Probablemente, Brunilde no tenía nada que ver con aquello. Pero no lo lamentaría tampoco, se dijo, mientras contemplaba al enorme perro negro que acababa de erguirse a pocos pasos de distancia.

Antes de que pudiera hacer nada, la puerta se cerró de golpe a sus espaldas.

* * *

«Black Ghost» estaba frente a él, a menos de tres metros, enseñándole los dientes amenazadoramente. Lane se preguntó si tendría tiempo de alcanzar la silla que había a su izquierda. El mueble podía servirle para protegerse y también como arma ofensiva.

El perro abrió la boca y gruñó. Lane dio un paso hacia la silla. Entonces, ocurrió algo que se le antojó increíble.

«Black Ghost» retrocedió un paso. Luego se agachó y empezó a gemir suavemente, Lane comprendió que el animal tenía miedo.

¿Miedo?

La actitud de «Black Ghost», en aquel momento, era la típica de un can cuyo instinto le hace saber que ha hecho algo malo y que esperé el castigo consiguiente de su dueño. De súbito, Lane creyó comprender.

El perro le había atacado una vez y fracasado rotundamente. Además, había recibido un pinchazo y luego había sentido perder las fuerzas. Todo aquello era obra del hombre que tenía frente a sí.

Lane sonrió y se acercó al perro, que estaba con el vientre apoyado en el suelo. «Black Ghost» dio entonces la vuelta y le ofreció su garganta, en un inequívoco gesto de sumisión. Lane le acarició suavemente.

—No temas, «Black Ghost» —dijo a media voz—. Tú y yo podemos ser buenos amigos... No tengas miedo de mí, no volveré a hacerte el menor daño.

El perro se incorporó de un salto y empezó a saltar y a hacerle fiestas, a la vez que le lamía la cara y las manos y movía la cola alegremente. Lane rió para sí. ¿Qué diría Hirtsch si pudiera verle por el ojo de la cerradura?

—Está bien, «Black Ghost», ya es suficiente —dijo, pasados algunos minutos.

Buscó un sillón y se sentó, con un cigarrillo encendido, el perro se acostó a

su lado.

Transcurrió un cuarto de hora. La puerta se abrió. En el rostro de Joachim Hirtsch apareció una expresión de infinita sorpresa, al ver aquel cuadro Ian apacible. Lane sonreía cortésmente.

—Si hay inconvenientes, me iré sin desayunar —dijo.

—No... no, señor; en seguida le serviré...

Media hora más tarde, Brunilde e Hirtsch veían alejarse el coche en el que viajaba Lane. Hirtsch se sentía terriblemente furioso.

—No sé qué diablos ha podido hacer con el perro...

—Yo tampoco, pero me alegro de que se marche.

—Ahora podría estar muerto...

—Hubiera sido un gran error. Yo prefiero que siga vivo. Es mucho más peligroso que Farr. Es periodista, escritor... debe de tener forzosamente más amistades que un simple agrimensor. Si, es mejor que se marche.

—El perro no le atacó. Estaba tendido a su lado, como si él fuese su dueño. ¿Lo entiendes tú?

Brunilde sonrió extrañamente.

—No, ni tampoco me importa demasiado —contestó—. Pero me gustaría que volviese otra vez.

—Brunilde, si ese hombre regresa, lo mataré, sin importarme las consecuencias —dijo Hirtsch rabiosamente.

Ella le acarició una mejilla.

—¿Tienes celos? No lo sientas demasiado; era preciso hacerlo; era necesario que nos enterásemos de todo lo que él sabe. Y, créeme, lo que sabe no puede hacernos daño en absoluto —aseguró rotundamente.

* * *

Lane regresó a Goorman City y efectuó algunas compras, principalmente, bocadillos, un termo, que encargó llenasen de café caliente, y un par de latas de cerveza. A las diez de la mañana, ya había terminado. Tenía unos potentes prismáticos en su coche y pensaba pasarse el día vigilando el valle y sus inmediaciones. A la noche...

De repente, vio una cara conocida. Ella no le había visto todavía, entretenida en una máquina expendedora de tabaco. Lane decidió hacer una prueba.

—¡Karoline! —llamó.

La joven se volvió en el acto.

—Brad...

De repente, se puso colorada hasta las orejas.

—Me llamo Carlota —rectificó.

Lane sonrió, mientras se acercaba a la chica.

—Te llamas Karoline Schwarzberg. Huiste hace años de la Mansión y te marchaste a Nuevo México. Allí, pienso, debiste españolizar tu nombre y

apellido. Karoline igual a Carlota y Montenegro, en español, es lo mismo que Schwarzberg en alemán.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó ella.

Lane terminó de sacar el paquete de tabaco, rasgó la envoltura y extrajo dos cigarrillos. Después de encenderlos, empezó a hablar:

—Hace una semana, aproximadamente, me encontré con una antigua conocida, que me invitó a pasar el fin de semana en una residencia que tiene en un paraje llamado Black Mountain. Montaña o Monte Negro, como prefieras, que es la traducción española del nombre inglés.

—Y sacaste deducciones...

—Se me ocurrió casi de repente. En alemán, Schwarz es negro y Berg monte o montaña. ¿Cómo prefieres que te llame. Carlota o Karoline? —preguntó él, sonriendo.

—Me he acostumbrado ya al primer nombre —contestó la joven—. Y el apellido español me gusta. De modo que, ¿por qué cambiar? Pero se me antoja que tuviste que encontrar alguna otra pista para saber que era yo la hermana que abandonó la Mansión hace cinco años.

—Sí, una, en la que debiera haber pensado desde el primer momento —dijo Lane—. Sólo lo recordé cuando empecé a relacionar los distintos nombres de una misma cosa, en tres idiomas.

—¿Yes...?

—«Black Ghost».

Carlota sonrió.

—Ya —dijo.

—El perro te reconoció. Probablemente, era muy joven cuando te marchaste del valle...

—Apenas tenía seis meses, pero me adoraba.

—Ciertas especies caninas tienen tina memoria fenomenal. «Black Ghost» volvió a sentirse satisfecho de encontrarte. Por eso no me atacó. Pero a mí tampoco me ataca ahora.

Las cejas de Carlota se levantaron.

—¿Cómo...?

Lane agarró el brazo de la muchacha.

—Si eres descendiente del conde Schwarzberg, creo que te interesará saber todo lo que he averiguado en estas semanas. Y a mí también me interesa saber por qué te marchaste tan repentinamente y sin despedirte ni dejar noticias del lugar al que te dirigías.

—Yo también he estado investigando —respondió ella.

—¿En dónde?

—En el Consulado alemán de Boston y en los archivos de la Secretaría de Estado. Buscaba datos referentes al primer Schwarzberg que llegó a los Estados Unidos.

—Tu abuelo.

—Exactamente. Pero ¿adónde vamos ahora, Brad?

—A pasarnos el día en el campo. Compraré más bocadillos y refrescos, y nos situaremos en un sitio desde el que se pueda vigilar el valle sin ser vistos.

—Brad, ¿qué pasa allí? —preguntó.

Lane se detuvo bruscamente.

—Carlota, ¿recuerdas la nota que encontramos en casa de Abigail Crandall?

—Sí, desde luego.

—Esta noche se celebra uno de esos banquetes.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he oído a tu propia hermana.

—¿Has estado en la Mansión?

—Sí.

—¡Asombroso! —Calificó la joven—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Tienes una hermana muy guapa... y yo tengo cierto atractivo para las mujeres.

—Eres modesto, ¿eh?

—Sé reconocer mis propias cualidades —contestó él virtuosamente.

—Sí, muy modesto. ¿La has conquistado?

—Carlota, un caballero nunca menciona lo que ha sucedido entre él y una mujer.

—Brunilde debe de sentirse muy sola, ¿no es cierto?

—Me invitó a tomar el té y luego a cenar. Pasé la noche en la Mansión y la dejé después de desayunar, eso es todo.

—Me estás engañando, al menos en parte, pero no quiero insistir —dijo Carlota displicentemente.

Minutos más tarde, emprendían el viaje en dirección al valle.

Cuando el coche se adentró por el camino que conducía a Ballystrand, Carlota quiso saber una cosa.

—¿Cómo has conseguido hacerte amigo de «Black Ghost»?

Lane se lo explicó. Carlota se sintió admirada y aterrada a un tiempo.

—Entonces, todos los habitantes de Ballystrand duermen por la noche...

—Menos cuando se celebra una fiesta.

—Con banquete.

La voz del joven se tornó súbitamente grave.

—Un banquete en el que el plato fuerte es un ser humano —contestó.

CAPITULO XI

Ocultos prudentemente detrás de unos arbustos, en lo alto de la loma, vigilaban el pueblo alternativamente, por medio de los prismáticos. Carlota se sentía tan sumida en un estado de depresión, que Lane no había podido evitar, pese a sus esfuerzos.

—No puedo creerlo, es imposible... No creo que se celebren esos banquetes de antropofagia...

—He visto a la víctima. Me pareció un hombre enormemente grueso, pero ahora he podido darme cuenta de que ha sido cebado especialmente para la ocasión.

—Si es así, deberíamos avisar inmediatamente...

—¿A quién? ¿A Stafford? Se reiría de nosotros.

—¿Cómo puedes asegurarlo?

—Ahí tienes la prueba —respondió él, a la vez que extendía el brazo—. Cuidado, que no nos vean.

Carlota volvió la cabeza. Estaban a unos cien metros del camino. Un coche acababa de detenerse y su ocupante se había apeado del mismo. Por la cuesta subía otro individuo.

—Hirtsch —señaló el joven.

Hirtsch y Stafford se reunieron un minuto más tarde. Stafford se descubrió con gesto servil. Por su parte, Hirtsch hizo un majestuoso ademán. Luego, los dos hombres volvieron al coche, que arrancó inmediatamente hacia el valle. A los cinco minutos, le vieron desaparecer en la arboleda que circundaba la casa de la colina.

—Está de acuerdo con ellos —dijo Lane—. Casi lo sospeché cuando él se negó a investigar, alegando falta de competencia territorial. Un comisario digno de su nombre habría ido inmediatamente a Ballystrand.

—Entiendo... —De repente, Carlota agarró con mano crispada el brazo del joven—. ¡Brad, el hombre cebado...!

Lane hizo un gesto de pesar.

—Ya es tarde. Esta mañana no lo supe ver, pero Hirtsch dijo que todo estaba preparado para la fiesta.

Carlota se tapó la boca con una mano.

—Van a devorar a un hombre, como si fuera un cerdo asado...

Lane frunció el ceño. De pronto, acababa de recordar el encuentro de la víspera con el parlanchín Rock Taylor.

—Carlota, lo tengo todo previsto —dijo al cabo—. Apenas se haga de noche, bajaremos al pueblo.

—Sí, Brad.

—Lo primero que haremos será hablar con Betsy Rooke. Actuaremos después, según lo que nos diga, ¿entendido?

—Está bien.

La cabeza de Carlota bajó repentinamente sobre su pecho.

—Mi propia hermana... —gimió—. Es una mujer muy enérgica, de un genio inaguantable... quizá es que yo no supe soportarlo... pero, de todos modos, llevamos la misma sangre... nacimos de la misma madre...

Lane atrajo a la muchacha con gesto afectuoso.

—Algo le ha sucedido —dijo—. Tiene la mente perturbada, no es enteramente culpable de sus actos...

—Pero tiene a un pueblo completamente sojuzgado a sus caprichos. La obedecen como si fuesen máquinas; participan en sus repugnantes banquetes...

El joven guardó silencio. ¿Qué había en el fondo de aquellos horribles crímenes? ¿Por qué todo un pueblo participaba del banquete en el que se servía a una persona como plato principal?

* * *

Avanzaban cautelosamente, entre las sombras, procurando eludir la luz de los pocos faroles exteriores que alumbraban la única calle de la población. Al llegar a la casa de los Rooke, Lane tanteó la puerta.

Podía entrar sin llamar. Hizo girar el pomo y empujó.

La luz estaba encendida. Avanzó un par de pasos, seguido de la muchacha. De pronto, Betsy Rooke salió de la cocina y les vio.

Lane se llevó el dedo a los labios.

—Por favor, no grite —dijo—. Venimos a ayudarla, señora Rooke.

Betsy se desplomó sobre una silla.

—Gracias a Dios —murmuró, a la vez que la lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas—. He rezado tanto...

Lane se acercó a la mujer y tomó sus manos.

—Si tiene algo que decir, hable sin temor —dijo—. Queremos ayudarla, se lo aseguro. Díganos, ¿dónde está su esposo?

—Lo mató «Black Ghost», ese maldito perro, que nos vigila día y noche como si fuese el diablo encarnado en su cuerpo... Mató también a Noah Crandall... Abigail fue a la Mansión y no volvió, lo mismo que Martha...

—Pero ¿por qué? —Intervino la muchacha—. ¿Qué es lo que sucede allí?

Lane buscó en la cocina y consiguió encontrar rastros de whisky, en una botella. Puso algo de licor en un vaso y regresó a la sala. Betsy pareció animarse un tanto.

—Ahora puede hablar con toda sinceridad —dijo el joven—. Señora Rooke, créame, somos amigos y sólo deseamos hacer lo mejor para usted.

Betsy inspiró profundamente un par de veces. Luego empezó a hablar y contó una historia increíble para la pareja.

—No puede ser —exclamó Carlota, cuando ella hubo terminado su relato —. Es demasiado fantástico...

—¿Todos tomaron parte en el suceso?

—Fue ejecutado por los hombres, aunque también ayudaron algunas mujeres. Desde entonces, vivimos en esta atmósfera de opresión y de terror...

—Y nadie se atreve a sublevarse —murmuró Lane.

—Martha Wood era la más animosa, pero llegó cuando ya todo había sucedido. Sin embargo, cuando intentó hacer reaccionar a la gente, no lo consiguió. Unicamente Noah Crandall se atrevió un par de veces a reunirse con ella, para acordar los detalles de... de la rebelión, pero Brunilde se enteró y le obligó a subir a su casa. Ya no volvimos a verle más, ni a su mujer tampoco.

Lane se preguntó si estaría funcionando el cuadro de escucha. Todo consistía en haber llegado sin ser advertidos. Brunilde e Hirtsch podían seleccionar la casa en donde querían oír lo que en ella se decía. Pensó por un momento en buscar el micrófono oculto en alguna parte, pero desistió en el acto. Sería peor, se dijo.

—Su marido se vio obligado a dar unas respuestas que no eran exactas —dijo.

Betsy asintió.

—Pero él se sentía tan culpable como los demás —respondió—. Pudo haberlo impedido, tenía autoridad para ello, pero se dejó arrastrar por las pasiones de aquellos momentos... Al fin, no pudo resistirlo más y anunció que iría a buscarle a usted, para contárselo todo. A fin de cuentas, cuando les juzgasen, se tendrían en cuenta las circunstancias atenuantes... pero, de este modo, saldríamos de una vez para siempre del horror que nos atenaza constantemente. Aunque yo tenía mucho miedo, me sentía de acuerdo con él. Todo era preferible a seguir en esta situación y al cabo de unos años de cárcel, la vida habría vuelto a ser normal en el valle.

Lane no quiso contradecir a la mujer. No. la vida no sería ya jamás igual en Ballystrand. Ninguno de sus habitantes volvería a ser el mismo.

—Y tomaban narcóticos todas las noches —dijo Carlota.

—Cuando ella lo ordenaba, sobre todo, si sospechaba que podían venir curiosos. Había que obedecerla; venía a comprobar si dormíamos, ella o el horrible individuo que vive en la Mansión... y el perro...

—¿No tenían un guardabosque empleado para cuidar de que los cazadores no. invadieran la propiedad? —preguntó Lane.

—Ah, Link Bascomb... No sé qué habrá sido de él; hace mucho tiempo que no le veo...

—Otro asesinato —dijo la chica lúgubremente.

—Es posible —convino él—. Betsy, todo eso ocurrió hará cosa de año y medio, aproximadamente.

—Sí. La señorita Brunilde había hecho un viaje por Europa. Estuvo casi un año entero viajando. Volvió acompañada de ese horrible individuo... Siempre fue una mujer de hierro, dura, cruel, incluso, pero en comparación con lo que es ahora, antes resultaba angelical...

—¿Qué me dice del perro? Estaba ya en la Mansión hace cinco años.

—Ellos lo han transformado en una fiera. Antes se paseaba por el pueblo tranquilamente, todo el mundo podía acariciarlo sin temor, pero... desde entonces.

—¿Sabe algo de Jim Fair? Era el agrimensor que vino a tomar unas medidas topográficas en las lindes del valle.

—Sé que estuvo en el pueblo y subió a la colina, pero no he vuelto a verle más.

—¿Murió Abigail Crandall de un ataque cardiaco?

—Mi esposo le mintió a la fuerza. A partir de entonces es cuando tomó la decisión de ir a buscarlo y contárselo todo. No, la mató el perro.

Lane tomó en las suyas las manos de la mujer.

—Betsy, no tema —dijo con acento persuasivo—. Esta noche habrá acabado todo, se lo garantizo.

—Si fuese verdad... —suspiró la atribulada mujer.

—¿Cuando la llamarán para acudir a la fiesta?

El teléfono sonó repentinamente. Lane entendió que aquel sonido era la respuesta a su pregunta.

—Vaya y pórtese con naturalidad —aconsejó en tono muy bajo—. Suba con todos a la Mansión. Procure no dar a entender que nos ha visto, ¿comprende?

—Sí, señor Lane.

Betsy se levantó. Lane y Carlota cambiaron una mirada.

La muchacha se sentía terriblemente consternada.

—Pensar que mi propia hermana...

—Tal vez no es enteramente responsable de sus actos —contestó Lane—. No la culpe de nada, hasta conocer por completo la verdad.

Betsy regresó en aquel momento.

—Es hora de asistir al banquete —informó.

—Vaya y actúe como de costumbre —indicó Lane.

Ella asintió. Antes de salir, apagó la luz.

Desde la ventana, Lane y la muchacha contemplaron la reunión de todos los habitantes de Ballystrand. Carlota se sentía estremecida de horror.

Todos aquellos hombres y mujeres iban a ser comensales de una cena, en la que se iba a servir, como plato fuerte del menú, el cuerpo de un hombre.

Los habitantes de Ballystrand se congregaban en silencio, sin hablarse entre ellos, callados, con la misma apariencia de muñecos mecánicos a los que se hubiera dado cuerda para poder moverse.

A los pocos minutos, una silenciosa procesión de unas treinta y cinco personas inició la marcha hacia la colina. Lane y Carlota dejaron que se adelantasen algunos minutos.

Luego salieron de la casa. Lane agarró el brazo de la muchacha.

—Pase lo que pase, déjame actuar a mí —dijo enérgicamente—. En todo caso, ocúpate del perro. Puede que ahora no le resulte yo tan simpático, ¿entiendes?

Carlota hizo un gesto de asentimiento. Apretó con la suya la mano que se cerraba sobre su brazo, respiró profundamente y echó a andar.

CAPITULO XII

La explanada que había detrás de la casa aparecía brillantemente iluminada. Había un enorme fuego de brasas, en una gran hornilla de piedra, de forma rectangular, pero que ya estaba vacía. No lejos de la hornilla, se divisaba una gran mesa, cubierta por paños blancos, en la que había platos, vasos y cubiertos. También se veían numerosas jarras de cerveza y varias fuentes de gran tamaño, cubiertas asimismo por paños, que ocultaban lo que había en ellas.

En el centro se divisaba una fuente redonda, con cubierta semiesférica de metal. Situada junto a una de las esquinas de la casa, Carlota se puso una mano en la boca.

—Ese olor... a carne asada... —gimió.

Lane le dio un par de apretones en el brazo.

—Silencio —aconsejó.

Los habitantes del valle estaban en torno a la mesa, quietos, inmóviles como estatuas. Lane se daba cuenta de que estaban plenamente conscientes de lo que hacían, pero, moralmente, se sentían derrotados. Bien caro estaban pagando lo que habían hecho un año antes.

De pronto, tres personas salieron de la casa, seguidas por «Black Ghost». A Lane no le asombró ver allí a Stafford, el comisario de Goorman City. Stafford sonreía satisfecho, dando la sensación de que disfrutaba enormemente con lo que allí sucedía.

—Hola, amigos —dijo Hirtsch—. De nuevo estamos reunidos aquí, para uno de nuestros banquetes que, por desgracia, no son tan frecuentes como desearíamos. No siempre es fácil conseguir una buena pieza, pero en esta ocasión, debemos darle las gracias al comisario Stafford, que nos ha proporcionado el plato fuerte de la cena de esta noche. ¡Amigos, un aplauso para el comisario Stafford!

Las manos se juntaron y sonaron unos cuantos chasquidos. No había entusiasmo, sólo obligación, lira un homenaje completamente forzado.

Desde el lugar en que se hallaban, no podían ver apenas los rostros de los tres personajes que presidian la reunión. Hirtsch hizo un gesto con la mano.

—Comisario, ¿quiere levantar la tapadera de la fuente central? —invitó.

—Con mucho gusto, señor Hirtsch.

Stafford avanzó unos pasos y asió el pomo esférico que remataba la tapadera, levantándola en el acto. Lane percibió el terrible estremecimiento de la muchacha y le tapó la boca con una mano.

—Calla, calla...

Carlota tenía los ojos fuera de las órbitas. En la bandeja circular, se veía la cabeza de un hombre.

—¿Satisfecho, señor Stafford? —preguntó Hirtsch.

—Sí, mucho.

—Bien. Esa porción no es... digamos muy apetitosa, pero hay otros trozos que si lo son. Elija, por favor.

Stafford levantó uno de los paños con la mano izquierda y agarró un cuchillo. Carlota se sentía a punto de caerse muerta. Lane tuvo que sostenerla por la cintura.

—No temas, no temas... Calma, por favor —rogó insistentemente.

Stafford cortó una loncha de carne y la llevó a la boca. Después de masticar un poco, y con voz que apenas resultaba inteligible, dijo:

—Está bueh... níh... sima...

—Lo celebro infinito, amigo mío. —Hirtsch hizo un amplio ademán con el brazo—. Adelante, queridos invitados.

Pero ninguno de los habitantes del valle dio un solo paso hacia la mesa. Todos seguían inmóviles, rígidos, con los rostros inmutables, como si se hubiesen dormido repentinamente en pie.

—¡Vamos, a comer! —gritó Hirtsch.

—¡A comer! —exclamó Brunilde con voz estridente—. Yo os lo mando. Os ordeno comer...

Bruscamente, Carlota pareció sufrir un tremendo choque. Lane percibió la sacudida que agitaba todo su cuerpo, de la cabeza a los píes. Luego, antes de que pudiera impedirlo, Carlota lanzó un fuerte grito:

—¡No, esa mujer no es mi hermana!

* * *

Lane respingó. Sin que pudiera impedirlo, y en medio de la .sorpresa de todos los circunstantes, Carlota avanzó unos pasos y tendió la mano hacia la mujer a la que acusaba de impostora.

—Usted no es Brunilde Schwarzberg —clamó—. Se le parece muchísimo, pero no es ella. ¿Dónde está mi hermana?

La rubia se quedó atónita un instante, aunque reaccionó casi de inmediato.

—Usted está loca... —Inmediatamente, se dio cuenta del error cometido y trató de corregirlo—. Karoline, querida, no estás bien de la cabeza...

—Mi cabeza rige perfectamente —dijo la muchacha—. Usted no es Brunilde. Puede que se llame así, no lo discuto, pero no es ella. ¿Dónde está? ¿La ha asesinado, como a tantos oíros?

Stafford pareció sentirse repentinamente inquieto. La inesperada aparición de la muchacha podía comprometerle muy seriamente. Si se sabía la verdad, su porvenir resultaría oscurísimo, pensó.

Lentamente, echó mano al revólver. Si era preciso, dispararía contra Carlota. Ya encontraría luego la forma de justificarse.

Pero la muchacha advirtió su gesto. Entonces, lanzó un grito:

—¡Sujétale, «Black Ghost»!

El perro salló hacia adelante y atenazó con los dientes la muñeca del comisario. Stafford lanzó un chillido de dolor.

—¡Sigue así, «Black Ghost»! —ordenó la muchacha.

De repente, Hirtsch dio media vuelta y entró corriendo en la casa. Lane se dijo que debía hacer algo. Brunilde le vio y gritó su nombre, pero él no le hizo el menor caso.

—Muy bien, Carlota, lo estás haciendo a la perfección —dijo—. Procura que el perro no suelte a ese miserable.

—Descuida, Brad.

Lane se acercó a la puerta. Sin duda Hirtsch había ido a buscar un arma. Mejor que entrar en la casa, para tratar de sorprenderle, era esperarle a un lado. Enfrentarse con él, con las manos desnudas, equivalía tanto como a suicidarse.

Segundos después, se oyeron pasos precipitados. Hirtsch asomó por la puerta, con un objeto en la mano derecha. Lane golpeó su muñeca con todas sus fuerzas. El objeto saltó por los aires y cayó al sucio.

Hirtsch lanzó una horrorosa blasfemia. Antes de que pudiera rehacerse, un puño se estrelló contra su mentón, lanzándolo de espaldas al suelo.

Lane se inclinó para recoger aquella cosa, una caja negra, con una diminuta antena en uno de sus lados. Inmediatamente, comprendió de qué se trataba.

—Un mando de control remoto, para que «Black Ghost» cumpla órdenes sin vacilar —explicó—. Sin duda, tiene el receptor insertado bajo la piel, con los electrodos conectados al cerebro. Así podían mandarle desde aquí, sin necesidad de estar presentes.

Carlota entendió también el extraño comportamiento del perro, capaz de ir a cualquier casa, con absoluta seguridad, Lane añadió:

—En el cuarto de escucha, hay un potente anteojo. «Black Ghost» podía ser seguido fácilmente desde la Mansión, y orientado en el sentido deseado. Se han hecho ya muchos experimentos con animales y obedecen las órdenes con absoluta docilidad. «Black Ghost» hacía cualquier cosa que se le ordenase... salvo en circunstancias muy especiales, en que el instinto se sobreponía al control remoto.

Carlota asintió. Reinaba un silencio sepulcral.

—Pero, ¿por qué hacían todo esto? —quiso saber.

Lane volvió los ojos hacia Brunilde, que permanecía callada, mortalmente pálida.

—Hace algo más de un año, dos cazadores, un lamo bebidos, violaron a una de las mujeres del pueblo. Los hombres se confabularon para vengar la ofensa y les dieron muerte. Era un acto de justicia primitiva, exagerada, pero, bien mirado, justicia. A los dos días, los hombres y las mujeres de Ballystrand fueron invitados a una fiesta, con la que la dueña de la Mansión pretendía agasajar a los habitantes de un pueblo que tan valerosamente había subido castigar a dos malvados. Hubo una gran barbacoa, cerveza en abundancia... y sólo cuando la fiesta terminó, ella explicó que la carne asada que habían comido era la de los cazadores linchados.

»A partir de aquel momento, todo cambió en el pueblo. Si ya antes los habitantes se habían sentido oprimidos por la dueña del valle, ahora la opresión era infinitamente mayor. Una denuncia de lo sucedido habría traído consecuencias desastrosas para todos. Decidieron callar y seguir viviendo una existencia aparentemente normal, pero sujetos a una férula inexorable, vigilados en cada uno de sus menores pasos, actuando como autómatas, ya que así convenía a la dueña del valle y a su amante. Algunos intentaron rebelarse contra este estado de cosas y fueron asesinados. Martha Wood, Abigail Crandall, Milton Rooke... Tal vez mi amigo Jim Farr fue servido asado en una de estas cenas de antropófagos.

—Por favor —dijo Carlota asqueada—. Ahorra detalles, Brad.

—La realidad no se puede ocultar, sobre todo, sabiendo que ayer se cometió un asesinato en esta casa, del cual es cómplice ese miserable comisario, que no quería se investigase lo que sucedía en el valle, para seguir cobrando el importe de su soborno. Los detalles pueden parecer horripilantes... pero forman parte de lo que no se puede esconder: la verdad.

—¿Estás seguro de que todo lo que has dicho es verdad? —preguntó Brunilde burlonamente.

—¡Sí! —Exclamó Carlota con gran ímpetu—. Usted no es mi hermana... ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

Brunilde guardó silencio. Entonces, Lane se acercó al comisario y le quitó el revólver. «Black Ghost» seguía en la misma postura.

—Carlota, dile que le lanzarás el perro si no contesta —amenazó.

—Ya lo ha oído usted, señora.

En los ojos de Brunilde había una expresión de furia impotente.

—Aunque te parezca mentira, soy parienta lejana tuya —manifestó—. Mi nombre es Brunilde, pero no el apellido, claro. Conocía la historia de tu abuelo y también sabía lo del tesoro que se trajo a los Estados Unidos, después de la Primera Guerra Mundial. Entonces, no le di importancia al hecho, pero cierto día, me encontré en Berlín con una joven de sorprendente parecido. Conversamos un rato y entonces supe que era la nieta del conde.

—¿Y qué más?

Brunilde calló.

—Sigue, sigue —la apremió Carlota.

—Lo diré, pero no hay pruebas —respondió Brunilde—. Tu hermana... está muerta.

—Y, supongo, no se ha encontrado el cadáver —intervino Lane.

—Hay muchos sitios en la Selva Negra donde esconder el cuerpo de una persona.

—Sí, me lo imagino. Lo harías ayudada por tu cómplice...

Hirtsch empezaba a rebullir. Lane se apartó a un lado, con el revólver del comisario en la mano.

—¿De qué sirve ocultarlo ya? —suspiró Brunilde.

—Había un guardabosque también —dijo Lane—. Un tal Bascomb...

La rubia se echó a reír.

—Joachim desempeñaba ese papel. Tiene el pelo blanco, pero es más joven de lo que aparece. Con una peluca, cambiaba de aspecto totalmente.

—Y todo lo hacíais para mantener oprimidos a los habitantes del valle —murmuró Carlota.

—Tiene que haber otro motivo. Vivir aquí año y medio, poco menos que enclaustrados, no es cosa que resulte agradable, a menos que se espere obtener algo muy importante —dijo Lane—. ¿Me equivoco, Brunilde?

—No —contestó la aludida roncamente—. Hemos estado buscando desesperadamente el tesoro del conde. Queríamos encontrarlo para marchamos muy lejos de aquí, con las joyas de la familia, la caja con monedas de oro...

De repente. Carlota lanzó una estruendosa carcajada.

—¡El tesoro del conde! ¡No existe! ¡No hay tesoro alguno! —exclamó sorprendentemente.

* * *

Brunilde frunció el ceno. Hirtsch, que se había levantado ya, tenía la boca abierta estúpidamente.

—No... hay tesoro... —dijo Brunilde.

—Mejor dicho, sí lo hay —contestó la muchacha. Movió la mano en círculo—. El valle es el tesoro del abuelo. Cincuenta kilómetros cuadrados de tierras fértiles, bosques, prados, agua en abundancia... Las joyas, salvo unas pocas de muy estricto valor familiar, fueron vendidas, para poder ir comprando las tierras del valle, lo mismo que la caja con monedas de oro... ¡Este valle es el tesoro del conde, Brunilde, y puesto que tu apellido no es Schwarzberg, no te pertenece una sola brizna de hierba!

Brunilde parecía anonadada. Había dominado por el terror a las gentes de Ballystrand, para mantenerse en su posición dominante, esperando día tras día encontrar el escondite secreto de un tesoro que no existía...

De repente, lanzó un inarticulado grito, estridente, como el chillido de una bestia inhumana. En el mismo instante, Lane sintió que alguien le arrebataba el revólver.

Los hombres y las mujeres del valle parecieron reaccionar. Lane gritó, tratando de dominar el tumulto. Sonaron varios disparos.

Stafford, aterrado, escapó. Cuando llegaba a la esquina de la casa, varios hombres de uniforme cortaron su carrera.

«Black Ghost» lanzó un horrendo aullido. Luego se desplomó por tierra, revolcándose ferozmente, con la garganta abierta de una cuchillada. Brunilde e Hirtsch yacían en el suelo, convertidos en sendas masas sanguinolentas.

Y, de repente, el ímpetu de la muchedumbre se calmó. Los hombres de uniforme, que pertenecían a la policía estatal, avanzaron pistola en mano.

—Han llegado unos minutos tarde —se quejó Lane al hombre que

mandaba la fuerza.

—Lo siento, señor. Hubo un percance en la autopista y nos vimos obligados a socorrer a los heridos —se excusó el sargento.

Varios de los policías mantenían inmóviles a los habitantes del valle. Otros entraron en la casa. Un nuevo coche llegó, tripulado por un teniente.

Los cuerpos de Brunilde e Hirtsch estaban ya cubiertos por unas mantas. El teniente Ward se acercó a Lane.

—Por lo visto, interrumpió el banquete antropofágico —dijo—. Confieso que cuando me lo contó, me resistía a creerlo...

Lane sonrió.

—En alguna parte de la casa, o quizá en el cementerio, encontrarán cadáveres de personas que no murieron de muerte natural —indicó. Carlota, todavía estremecida, se acercó en aquel momento—. Ah, teniente, le presento a la señorita Karoline Schwarzberg. Karoline, el teniente Ward.

—¿Cómo está, señorita? —saludó el policía.

Un agente de uniforme cargó con la bandeja que contenía la cabeza de Weaver. Otros se llevaron los cuerpos de Brunilde y su cómplice.

Ward lanzó una mirada aprensiva a las bandejas que aún estaban sobre la mesa.

—Habrá que... que enterrar esos restos...

Lane sonrió. Se acercó a la mesa, cogió un cuchillo, cortó una tajada y se la llevó a la boca, masticándola con deleite.

—Deliciosa —dijo—. Aunque fría, está 'muy sabrosa.

—¡Brad! —Chilló Carlota—. ¿Te has vuelto loco tú también?

El joven se echó a reír.

—Puedes comer sin el menor temor —dijo—. Y usted también, teniente. Ellos lo creen, pero aquí no se ha comido jamás nunca carne humana. Estoy seguro de que, a pesar de su perversidad, Brunilde y su cómplice no habrían podido hacerlo, aunque lo simulaban, sobre todo, después del linchamiento de los dos cazadores. Simplemente, encerraban a alguien en la casa, lo cebaban... le rebanaban luego el pescuezo, enseñaban su cabeza... pero servían cerdo asado —Movió la mano sobre la mesa—. Aquí hay, por lo menos, la carne de dos cerdos. Y si no. se lo podemos preguntar a Rock Taylor, que era el que transportaba regularmente las provisiones a la Mansión.

Carlota se sentía atónita y aliviada a un tiempo.

—Ellos creían comer...

—Y de ahí provenía el sentimiento de culpabilidad de algunos, como los Crandall y los Rooke. Por eso quisieron desvelar el secreto de lo que ocurría en el valle, aun arriesgándose a ir a parar a la cárcel, pero fueron asesinados. Como Martha Wood, como mi amigo Jim Farr...

—Lane, ¿qué me dice usted del comisario? ¿Cómo aceptó, «voluntariamente», tomar parte en estos festines? —preguntó Ward.

—Muy posiblemente, le habían prometido una parte del tesoro, que el conde había invertido íntegramente en la adquisición de tierras.

Ward movió la cabeza.

—Por dinero, hay tipos capaces de cualquier cosa —gruñó coléricamente —. Probaremos su complicidad en los asesinatos y, espero, se pasará el resto de sus días en la cárcel.

—Antes le aguarda una dura y poco agradable tarea en el cementerio de Ballystrand., teniente —dijo Lane.

Carlota lanzó una mirada a «Black Ghost», que yacía en medio de un lago de sangre, pero desvió la cabeza inmediatamente.

—¿Se ha acabado todo ya, Brad? —preguntó.

—Hay algo que te corresponde realizar a ti, pero eres tú misma quien debe tomar la decisión, sin ayuda de nadie —contestó Lane.

* * *

El sol se ponía ya, enrojeciendo las cumbres que se divisaban desde la ciudad de Santa Fe, y que casi cuatrocientos años antes, habían recibido el nombre de Montes Sangre de Cristo, cuando Bradford Lane llamó a una puerta en donde figuraba el nombre de la dueña de la casa: C. MONTENEGRO. A los pocos segundos, una mujer de mediana edad, gruesa y de tez olivácea, abrió y miró al visitante.

—¿Señor?

—Soy Lane. ¿Está la doctora?

—Sí, señor...

Carlota salió a los pocos instantes. Sonreía al tender las manos al recién llegado.

—Brad—dijo.

Los dos jóvenes se miraron fijamente unos instantes.

—Parece que Io has superado —dijo Lane al cabo.

—Sí. Empiezo a olvidar todo. Claro que también ha pasado casi un año. ¿Dónde has estado?

—Hice un viaje por China. Tengo un libro a punto de salir de la imprenta. Tú has conseguido el doctorado.

—En efecto.

—Te felicito. Oye, si no te importa, quiero contarte algo... Es referente a las víctimas... Las encerraban durante dos o tres semanas y las cebaban, para que se viese un rostro redondo después de cortarles la cabeza. Por lo visto, empleaban hormonas y estimulantes del apetito...

—Brad, por favor, no sigas —pidió ella.

—Lo siento. Sí, tienes razón; debemos olvidarlo.

Carlota hizo un esfuerzo por sonreír.

—Brad, tengo que darte las gracias —dijo—. Cuando los periódicos hablaron del caso, mencionaron el apellido Schwarzberg.

—Lo dije con toda intención. Tenías que volver a Santa Fe. Aquí eres la doctora Montenegro.

Ella asintió. Todavía tenían las manos juntas.

—Brad, mañana salgo en una expedición a las montañas. Han encontrado unas ruinas, con unas tumbas y restos humanos muy interesantes —declaró la joven—. Pasaremos fuera un par de semanas. Como periodista, quizá te interese acompañarnos.

—Será un placer, por supuesto. Pero me gustaría acompañarte por más tiempo que una simple expedición científica, aunque creo que podremos hablar de eso sin prisas.

—Tendremos mucho tiempo de sobra, Brad —prometió ella.

—Puedo quedarme a residir en Santa Fe. Mi profesión me lo permite...

—Es una buena idea.

—A propósito, sé que encontraste la forma de acabar el problema.

—Sí. He cedido. Ballystrand y las tierras que lo rodean a sus habitantes. Es una especie de compensación por lo que sufrieron. Y les ha ayudado para costear los gastos del juicio.

—Les impusieron unas penas simbólicas. No podían hacer más.

—Claro. —Carlota se volvió—: ¡Manuela! El señor Lane se queda a cenar con nosotros.

—Sí, señorita —contestó la sirvienta—. Prepararé unas costillas de cerdo asadas...

—¡Cerdo no! —gritó Carlota.

Lane se echó a reír.

—Para mí, sí; me gusta mucho, Manuela. Claro que tú puedes cenar otra cosa, Carlota.

Ella sonrió.

—Me bastará tenerte delante de mí —respondió.

FIN